

VIAJE POR TURQUÍA A IRÁN Y SIRIA

Acabamos de llegar de un viaje por Turquía, Irán y Siria. Ha sido una sustanciosa experiencia que voy a intentar relatar y comentar.

Sería estúpido, tras mes y medio, pretender un análisis de países con historia, desarrollo, costumbres, religiones, política y economía tan complejas y diferentes a las de nuestro entorno. No obstante recogeré numerosas referencias, principalmente las que más han llamado mi atención. En todo caso, estas referencias tendrán un valor extremadamente relativo, porque se basan en una observación demasiado fugaz y porque dependen completamente de este observador que naturalmente comporta, a su vez, una historia, abultada al ser viejo, una experiencia, una determinada cultura, una ideología, un estatus económico... que necesariamente van pegados a su mirada.

Igualmente, por más que aparezcan datos, incluso algunos precisos, tampoco este texto pretende servir de guía a un hipotético viajero por cuenta propia, aunque, si alguien pretende ir, no estaría de más que se pusiera en contacto con nosotros, pues contamos con numerosos datos.

Menos aún, el texto tiene pretensión literaria. Sencillamente pretende, con mayor o menor acierto, transmitir una experiencia: lo visto, observado y sentido.

Objetivo Oriente Próximo

¿Por qué Oriente Próximo? Tengo que reconocer que desde el punto de vista viajero mi interés se centra en países diferentes a los del entorno conocido y generalizado en buena parte del mundo supuestamente desarrollado. Es decir, siento más atracción por los países más alejados de los parámetros culturales de occidente, y consecuentemente me siento más atraído por África y Asia. Curiosamente, aun siendo plenamente consciente de que el idioma es fundamental a la hora de viajar, no siento tanta atracción por Hispanoamérica. Sospecho que la razón tiene que estar en alguna mala conciencia atávica por las fechorías de los malvados españoles, y vasquitos claro. Algo similar a la vergüenza que uno siente cuando los árabes y musulmanes siguen hablando de España mejor que de los otros países, tras haber sido expulsados a sangre y fuego.

La razón de tender a ir a pueblos no desarrollados de Asia y África, puede estar en que, por encima de naturaleza o vestigios de historia, llaman poderosamente mi atención los pueblos como tales, sus gentes, su manera de funcionar, de trabajar, de relacionarse... Eso es algo más patente en estos pueblos que en el mundo desarrollado de manera uniforme. Puede ser que radique también en que esos paisajes, ciudades y pueblos de nombres sonoros me devuelvan a mis viajes infantiles con Verne, Salgari o Conrad. Sin duda tiene un peso también que generalmente es posible viajar por estos países, echando mano de transportes locales y hoteles sencillos, por periodos relativamente prolongados con un presupuesto ajustado.

Tenía interés por Persia, Irán, por más que, dada la comida de tarro existente en nuestro entorno, lo tenemos interiorizado como peligroso cuando el único, y real, peligro es

que Irán sea atacado por EEUU o por los judíos. Este último peligro era real y podía suponer que tuviésemos que cambiar de destino en el último momento o, si estábamos ya en el país, que tuviésemos que correr a la embajada y sufrir una experiencia que podía resultar negativa. No obstante expertos en el país y en la política de oriente próximo aseguraban unánimemente que al Imperio no le interesaba en modo alguno una agresión a Irán que, dada la situación del área, podía comportar una desestabilización generalizada que difícilmente podría controlar. El cuento del mercader que huye a Isfahan para escapar de la Muerte, quien precisamente le espera en esa ciudad, añadía un puntito de morbo, descubrir el rostro de cuál de las mujeres que me han enamorado, era el de la de la guadaña. No se presentó.

También nos atraía Siria, pues todas las referencias eran muy positivas. Ambos países contaban con el valor añadido de soportar un escaso turismo. Finalmente Estambul, que ya conocíamos, nos encantaba y nos apetecía conocer Capadocia y Kurdistán. Sin olvidar que Turquía constituía la puerta idónea para llegar a Irán y posibilitaba, en caso de conflicto, modificar la ruta haciendo el viaje extensible a Armenia, Líbano... Además conocíamos Estambul, nos encantaba, y nos apetecía conocer Capadocia y Kurdistán.

La ruta

Aunque perfilada, estaba completamente abierta por necesidad. Se trataba de ir a Estambul e inmediatamente, mediante bus o tren, a Teherán. Bajar a Yazd, Shiraz e Ispahán, para quedarnos con el mejor sabor, y salir rápidamente de Teherán al Kurdistán turco en Bus o tren. Recorreríamos la zona de Diyarbakir antes de entrar por el noreste de Siria a Deir-er Zur. De allí iríamos a Palmira y luego a Damasco. En Damasco podríamos alquilar un coche y subir haciendo paradas en ruinas, castillos o la costa hacia Homs, Hama y Aleppo. Pasaríamos después en autobús a Turquía para conocer Capadocia, Pamukale y finalmente Esmirna, de donde, podríamos coger un ferry a Estambul. Sería entonces con un agradable clima cuando disfrutaríamos de la ciudad.

Presupuesto

Tirando de guías y referencias, hicimos un presupuesto aproximado de unos 2000 €, sin contar comprillas. Amparo demostró su eficiencia absoluta como ecónoma y tampoco nos pasamos en nada. Hicimos tres vuelos de avión que supusieron menos de 300 €. Al final el gasto, incluyendo visas, material de Osasuna, vuelos a Madrid y trenes de Madrid a Iruña, se aproximaría más a los 2500.

Visados

El visado de Turquía se hace en el mismo aeropuerto. Por 15 € consigues una visa de múltiples salidas, válida para tres meses.

El de Siria lo hicimos en Madrid mediante MRW y tuvimos que ingresar un giro postal de 30 € para quince días con entradas múltiples.

La visa de Irán resultó más complicada. Llamamos a la embajada de Madrid y nos dijeron que ellos no se encargaban y todo había de hacerse mediante la agencia IRANSARA. Puestos en contacto con ésta, nos dijeron que para obtener el visado teníamos que coger un paquete de 190 € que incluía una noche de hotel en Teherán. Nos molestó el

tufazo mafioso. Contestamos que no necesitábamos noche de hotel en Teherán, pues no sabíamos ni cuándo, ni si iríamos a Teherán y que queríamos el visado a secas con lo que costara. No hubo forma. Llamábamos a la embajada y el tipo del teléfono, de un borde subido, colgaba. Mediante foros, "Viajeros Solidarios" y el de la Lonely, supimos de otra agencia, Touran Zamin que había funcionado muy bien. Pero todos los que hacían referencia habían cogido el visado en Estambul. Pregunté en los foros si alguien mediante esa agencia lo había conseguido en Madrid y no obtuve respuesta. Puestos en contacto con Touran Zamin respondieron inmediatamente asegurando que no tendríamos problemas, que nos darían un número para Madrid. Para ello habíamos de ingresar en una cuenta alemana (sin citar nada de visados de Irán) 30€/persona y nos mandarían el codiciado número. Así lo hicimos, por más que también oía a mafieta, y nos mandaron el número. Los de MRW llevaron todos los requisitos con el numerito en cuestión a la Embajada de Madrid. Fueron en tres ocasiones a recogerlos en la fecha y momento que habían indicado los mismos de la embajada que estarían preparados. Todo resultó inútil. Como estábamos a punto de partir, tuvimos que recoger los pasaportes y solicitar a Touran Zamin otro número, que llegó por pelos antes del vuelo, para conseguir el visado en Estambul, donde finalmente nos haríamos con él.

Puestos a elucubrar, posiblemente al gobierno Iraní no le interesa demasiado el turismo o no lo considera una fuente de divisas tan necesaria como para recibir a cambio la influencia, negativa desde su punto de vista, que el turismo puede representar. Se dice también que sólo está dispuesto a admitir el turismo grupal que no establece relaciones, está más controlado y deja más dinero. Es cierto también que conocimos a una señora que fue un día en Madrid por el visado y al siguiente por la mañana lo tenía en la mano. Escuchamos igualmente que a Irán Sara le niegan visados. Está claro en todo caso que las agencias en cuestión son una mafia manifiesta. Cabe incluso pensar como posible que nos hubiesen dado el visado en Estambul con o sin el numerito de Touran Zamin. No nos arriesgamos y no lo sabemos.

Recorrido por días			
Turquía	Iruña-Estambul	8	Abril
	Estambul	9,10,11,12,13	
	Estambul-Van	14	
Irán	Van-Tabriz	15	
	Tabriz- Shiraz	16-17	
	Shiraz	18,19,20	
	Shiraz-Yazd	21	
	Yazd	22	
	Yazd-Zenoidin	23	
	Zenoidin-Isfahan	24	
	Isfahan	25,26,27,28	
	Isfahan-Kashan	29	
	Kashan-Qom-Kashan	30	
	Kashan	1	Mayo
	Kashan-Teheran	2	
Siria	Teheran-Damasco	3	
	Damasco	4,5,6,7	
	Damasco-Deirerzur	8	

	Deirerzur	9	
	Deirerzur-Palmira	10	
	Palmira-Hama	11	
	Hama	12,13	
	Hama-Allepo	14	
	Allepo	15,16	
Turquía	Allepo-Goreme	17	
	Goreme	18,19,20	
	Capadocia-Estambul	21	
	Estambul	22,23	
	Estambul-Iruña	24	

RELATO DEL VIAJE

8 de Abril, jueves

Abandonamos Iruña temprano en tren. Coincidimos en Tafalla con Mila y Alfonso, los compas de viaje. Cuando empezaba a clarear, una pareja de cigüeñas recortó su silueta sobre el fondo grisáceo y una garza real cruzó el Ebro al tiempo que cruzábamos el puente de Castejón. Pronto los grises arrebolados fueron dando paso a un oriente amarillento. Sucesivas detenciones fueron acumulando un serio retraso del tren que nos hizo temer no llegar a tiempo al avión y nos obligó a correr al Cercanías para alcanzar Nuevos Ministerios y coger el metro a la terminal 1. Aún tuvimos tiempo para echar un bocado antes de coger el avión.

Aunque el billete estaba cogido por Internet en Spainair volábamos en un avión de las líneas turcas. El vuelo directo y con horarios aceptables salía por 243 €. Hubiésemos podido pillar vuelos por unos 170 € pero con escalas prolongadas y malos horarios. En cuatro horas el comodísimo aparato de las líneas turcas, que nos sirvió una comida mucho más sabrosa y cuidada que las que reparte Iberia, nos depositó en Estambul. Pagamos la visa de 15 € y tomamos un taxi. El taxista que no hablaba inglés nos llevó sin problemas a Sultanhamet, pero encontrar la calle y el hotel Shipahi lo hizo gracias a nuestra ayuda. 35 TL que hacían 18 € que era la tarifa.

El Shipahi es un hotel sencillo en una calle oscura que sale de la general casi frente al café de Pierre Loti. Cuenta con habitaciones y baños un tanto desastrados, pero tiene la enorme ventaja de su localización y estar llevado por personal muy agradable. La habitación con baño costaba 45 €. No es barato teniendo en cuenta la relación calidad precio, pero siendo Estambul y el lugar concreto donde está, merece la pena.

Aunque estaba oscuro salimos a buscar la embajada iraní situada al lado. El policía turco que vigilaba la puerta nos dijo que abrían a las diez de la mañana y fuimos a cenar. Lo hicimos en el Buhara un restaurante de camareros agobiantes, donde pagamos por los cuatro 125 TL, 62 € por unos platillos de ensalada, humus y kebab con berenjenas. En una agencia preguntamos por los vuelos a Van. Quedaban para el martes billetes muy baratos de 30€ desde Ataturk, pero no podíamos tomar decisiones sin los visados. Un saludo a la iluminada belleza de Sultanhamet y Ayasofia y a dormir.

9 de Abril, viernes

A la hora indicada por el policía de la puerta, corrimos a la embajada, consulado más bien, de aspecto un tanto lúgubre. Un mocetón con cara besugo y ojos claros nos franqueó el paso y tuvimos que esperar pues la ventanilla bajo el letrero de visa permanecía vacía. Delante de nosotros estaba un joven húngaro que llevaba 15 días a la espera de su visa. Acabó apareciendo un señor serio de blanca y rizada barba. Le dimos el número de Touran Zamin y, con enorme vergüenza, le largamos, en plan soborno, una par de pósters de Osasuna. Él, por su parte, nos largó unos formularios que deberíamos rellenar y volver a entregar con las fotocopias de los pasaportes, dos fotos y el recibo de los 60 € ingresados en el banco de enfrente. Cuando volvimos con todos los requisitos en la mano, el voluminoso guarda de la puerta nos dijo que estaba cerrado hasta las dos. Decidimos pasear por

Eminonu y saborear los bocatas de caballa. A las dos la puerta estaba completamente cerrada. Dimos vuelta al edificio hasta la entrada oficial y nos dijeron que la embajada estaba cerrada hasta el lunes y que abrían, no a las 10, sino a las 8:30 de la mañana. Aquello supuso que contábamos con tres o cuatro días en Estambul. Veríamos Estambul aquellos días en vez de dejarlo para el final del viaje.

Volvimos a Eminonu. Desde el paso elevado de peatones me quedé mirando. Pensé que Eminonu, más aún en fin de semana, constituía para mí uno de esos entornos de magia colectiva, como la Jehema de Marrakhes, los Ghats del Ganges en Varanasi, el Puente de Howra en Calcuta, el Mercado de Djené, el Malecón de la Habana... Aunque han llevado los barcos asadores de caballa al otro lado del puente, en Eminonu sigue bullendo la vida, el trasiego de gente que persigue el puente o su embarcadero entre vendedores de castañas, rosquillas, maíz asado o cocido, bocadillos de kebab, bolas de arroz con mejillones servidas en su concha... El puente Galata se mantiene flanqueado de prietas filas de pescadores, la afición no ha variado, mientras los transbordadores surcan con elegancia las aguas del Cuerno de Oro.

Atravesamos el puente Gálata para acceder al metro y luego el viejo tranvía que nos condujo por la peatonal, Istikial, hasta la plaza Taksim. Subimos a la terraza del hotel Mármara para disfrutar en redondo la vista de esta maravillosa ciudad. Volvimos pausadamente mirando tiendas, contemplando al personal y escuchando a un conjunto kurdo. El frió nos desaconsejó ascender a la torre Galata. Paseamos por el mercado de pescado que arranca del puente en dirección al Cuerno de Oro por el lado de la torre Galata.

Atravesamos el puente y nos encaminamos al Bazar de las Especies que estaba cerrando. Ascendimos a Cemberlitas y pretendimos dar con la zona de restaurantes en el descenso hacia la orilla del Mármara, pero nos desviamos y acabamos en un restaurante en la calle que arranca al fondo del hipódromo. Cenamos a gusto.

10 de Abril, sábado

El desayuno del Shipahi, incluido en el precio, consta, como es habitual allí, de tomate, pepino, aceitunas, queso de cabra, quesito, mermelada, mantequilla, un bollo de pan y té o café. Bien pertrechados, nos tiramos a la calle a ver la ciudad por orden de importancia. Nos encaminamos a La Mezquita de Sultanhamet o Mezquita Azul que mantenía la misma hermosura que guardaba mi memoria, aunque, por la hora, la vimos envueltos por grupos de turistas. Todo el mundo tiene el mismo derecho que yo a disfrutar de una belleza como Sultanhamet, pero, precisamente por eso, necesito elegir más los momentos, porque, al menos en mi caso, la misma experiencia es mucho menos agradable si la tengo rodeado de una masa de turistas. Pasamos a Ayasofia o Santa Sofía que volvimos a admirar con la ventaja de que el volumen de andamios en su interior era mucho menor que cuando la había visto. Visitamos la Cisterna y descendimos al mercado de la otra orilla del Puente Galata a comer pescaditos. Ya por la tarde tomamos un paseo por el Bósforo con una compañía privada que nos dio una vuelta muy corta y pobre. Aunque anuncian precio y prestación paralela o mayor que los oficiales, estos cruceros privados acaban siendo siempre mucho más cortos y caros que los oficiales que parten del extremo de Eminonu anterior al puente y te dan una vuelta completa hasta el mismo final del Bósforo pudiendo quedarte en cualquier punto y regresar más tarde por 25 TL, 12 €. De regreso nuevo paseo por el Bazar de las Especies y el Auténtico Bazar de Estambul.

11 de Abril, domingo

Era domingo, estaba el Gran Bazar cerrado y decidimos visitar la Mezquita de Suleiman y la Basílica museo de Chora. La mezquita estaba cerrada por obras. En la Universidad estaban realizando exámenes del tipo de los de Selectividad, y pudimos observar la preocupación en los rostros de padres y madres que esperaban a sus vástagos. Nos detuvimos en otra mezquita, pasamos junto al acueducto y enfilamos la calle de los vestidos de novias que nos llevó hasta Chora. Comimos en restaurante sencillo antes de entrar, 24 TL, 12 €/4, y disfrutar de esta joya bizantina. Observé que, aunque siguen viéndose mujeres con la vestimenta negra integral en Estambul, ha descendido considerablemente su utilización. Posiblemente hoy lo mantiene la generación nuestra, la siguiente mantiene el pañuelo y la más joven nada mantendrá.

Descendimos, como solíamos hacer, por el barrio de Fener que, al ser domingo, estaba menos bullicioso. Seguimos luego la orilla sur del Cuerno de Oro y cometimos la estúpida temeridad de cruzar la calzada sin paso de peatones en el puente que soporta una brutal densidad de tráfico. Contemplamos la Mezquita Rustem Pas Cami cuyos azulejos nos enamoraron. Una cucada.

Acabamos cenando en el restaurante habitual, junto al hipódromo. Nos resultaba un lugar agradable y cálido. Sirven pizzas sabrosas que, precedidas de una ensalada acompañada de pan turco recién hecho, resultan agradables. No es caro, unos 35 ó 40 € para los cuatro, teniendo en cuenta que una tercera parte corresponde a tres cervezas de $\frac{1}{2}$ que acompañan. Aunque hay un ordenador a disposición de la clientela, por más que lo intento, no consigo abrir mis correos.

Fuera los gatos son los amos. Llama la atención en Estambul es la afición generalizada y actitud positiva, hacia los felinos.

12 de Abril, lunes

Al punto de la mañana nos dirigimos al Consulado Iraní albergando la esperanza remota de que ese mismo día nos echaran el codiciado cuño. No fue así, aunque, cuando preguntamos si podíamos coger billetes hacia Irán, nos aseguraron que el martes con total seguridad tendríamos nuestro visado. Nos encaminamos a la agencia. Lógicamente los vuelos baratos a Van de Líneas Aéreas Turcas desde el aeropuerto de Ataturk habían desaparecido. Cogimos desde Sen Gokcen (a 40Km de Estambul en Asia) con la compañía Pegasus por unos 56 €.

Visitamos el Gran Bazar. Sigue hermoso con su estructura elegante. Eso sí, nos dimos perfecta cuenta de que prácticamente todos sus establecimientos están orientados al turismo extranjero. El Gran Bazar ha pasado a convertirse en reclamo turístico, porque, supuestamente, supondrá mayor negocio. Su auténtico bazar, el de los turcos, ha salido y se ha desparramado por las infinitas callejuelas que descienden hacia el Cuerno de Oro y albergaban las tiendas auténticas permanentemente abarrotadas.

Antes de encaminarnos al Palacio Topaki, en un diminuto jardín al oeste del Bazar de las Especias saboreamos un delicioso bocadillo con Kebab y ensalada envueltos en pan turco, 4TL, 2€. En Estambul, aunque existen restaurantes asequibles, fuera de las zonas donde se mueve el turismo o la modernidad, se puede comer bien y muy barato (una ensalada y arroz con verduras, alubias, pollo o carne y un yogour. También se puede incluso en el centro alimentarse en plan baratillo en la calle: frutos secos, queso fresco, roscas de pan, churros en almíbar, maíz, caballa asada, escabeche con berza, mejillones, pequeñas

ensaladas y todo tipo de kebab de cordero o pollo... Se puede pillar fruta, cerveza (1/2 litro 6 tl en restauaran y 3 en DIA) y los deliciosos yogures bebibles (ARIAN 1 tl ó 0'6 tl en DIA)

Camino del Palacio Topaki tomamos un té. Si cuentas con apariencia de extranjero y tienes cierta edad, basta con detenerte medio segundo ante un escaparate de alfombras para recibir la invitación. Inmediatamente, aunque adviertes que no vas a comprar para no crear expectativas, eres arrastrado al interior de la tienda y sentado cómodamente ante un té mientras te cuentan cómo se fabrican las alfombras turcas con su doble nudo por mujeres que meten todas las horas de su existencia en pequeñas aldeas perdidas en la Anatolia. Es una manera cómoda de tomar un té, siempre que seas capaz cortar la clase a tiempo.

Era tarde y el Topaki estaba cerrado. Descendimos hacia el Mar de Mármara que bordeamos contemplando un sinnúmero de buques de todo tipo y carga que permanecen en la bocana del Bósforo hasta que supuestamente reciben el permiso y se sitúan en cola para atravesar el canal en busca del Mar Negro. Paseando llegamos a los restaurantes de pescado que preparan el pez o marisco que eliges en el mismo mercado. Resulta caro a no ser que te limites a la lubina o dorada de criadero que con una ensalada.

Ascendimos luego hacia Sultanhamet por la zona que va a dar a Pierre Loti y alberga el gremio de zapaterías. Resulta curioso cómo en Estambul, al igual que en todo oriente próximo, los gremios y tiendas de diversos artículos se acumulan en áreas urbanas precisas.

13 de abril, martes.

Cruzamos los dedos y al consulado. Efectivamente conseguimos el visado. Satisfechos, decidimos pasar el día en Asia y tomamos el trasbordador a Uskudar. Nada más pisar el nuevo continente, tomamos un autobús en dirección norte para visitar el palacio de Bilbedere. El palacio es una cucada que evidencia los fastos de los últimos poderosos otomanos que pasaban allí el verano. La pega es que lo tienen montado de tal manera que no es posible realizar la visita por tu cuenta ni a tu ritmo, sino en grupo controlado, para que no hagas fotos, al ritmo que pretenden y soportando las idioteces que aún cuentan muchos guías. Comprendo que igual me paso, pero no soporto funcionar en grupo turístico. Me siento oveja.

Comimos un bocata contemplando el meneo en torno al embarcadero de Uskudar. Como en anteriores ocasiones, tuve la sensación de que la gente que se mueve en el lado asiático, en conjunto, parece más auténtica y menos occidentalizada que la que se observa en el lado europeo de la ciudad. No acabo de tener claro si la percepción responde a algo real o es uno de los frecuentes prejuicios de mis neuronas.

Visitamos alguna mezquita y las pocas calles que existen a la altura del mar, antes de iniciar una pronunciada ascensión en busca de Çenili Cami, una mezquita chiquita que la guía señala como una pequeña joya. No fue fácil, pero dimos con ella. Realmente es bonita. Además el imán se enrolló y, cuando llegó la hora del rezo, en vez hacernos salir, nos envió al coro. Desde allí pudimos observar a los hombres, algunos muy ancianos. Llegaban se situaban e iniciaban el rezo personal colocando los pulgares bajo las orejas. Luego el almuecín, un muchacho joven, se situaba delante y cantaba los salmos. Al final salimos y estuvimos rajando con el imán. Había en un lateral una especie de Batzoki de la mequita y le preguntamos si podíamos ir. Con su permiso entramos a ver el ambiente y nos invitaron a un

té. Tampoco estuvimos mucho rato pues, aunque contábamos con el permiso del imán, percibimos, por algunas expresiones, que no era habitual la presencia femenina.

Una vez abajo, dimos una vuelta por la orilla del Bósforo, repleta, también aquí, de pescadores, y mientras caía la noche, retornamos a Europa.

A última hora entré en un ciber para ver si conseguía acceder al correo. La chica del ciber observó que no hacía carrera y vino a decirme que en su teclado la "i" convencional no se correspondía con la nuestra que se conseguía con otra "i" situada a la derecha del teclado junto a la "ç". Le di las gracias por haberme dado la posibilidad de comunicarme por vez primera al funcionar adecuadamente los nombres de usuario y las claves.

14 de Abril, miércoles

En vez de ir en taxi a Taksim y allí tomar el autobús al aeropuerto de Sabiha Gokcen, decidimos tomar un taxi desde el mismo hotel al aeropuerto 64 TL, 32 € que, al ser cuatro, no salía mucho más. El aeropuerto de Sabiha Gokcen es sencillo pero nuevo y no es tan pequeño. Eso sí, los precios del bar son el doble que los de Barajas, una clavada.

En un avión completamente nuevo y cómodo atravesamos la península de Anatolia hasta su extremo este. Allí los macizos blancos que se habían apoderado progresivamente del paisaje se vieron rotos por un azul luminoso, el lago Van.

La ciudad de Van está enclavada en un entorno geográfico cuyo paisaje, desde mi desconocimiento, situaría en alguno de los países acabados en "...istán" del este del Caspio. Las construcciones, en desarrollo efervescente, también pueden recordar a zonas altas y frías y se reparten en una cuadrícula formada por dos calles de norte a sur paralelas a la orilla del lago y tres perpendiculares. Un par de calles comerciales y la zona del zoco en la que se encuentra nuestro hotel, espartanillo cuanto cabe, bullen de vida. La orilla del lago, además de un pequeño puerto, cuenta con el muelle de atraque del ferrys que transporta los vagones del tren que realiza el trayecto Estambul e Irán y que en Tatvan, al otro lado, abandona tierra firme para entrar al barco, atravesar el lago y continuar a partir de Van. Cuenta también la ciudad con una fortaleza en ruinas a la misma orilla del lago.

Nada más pisar el hotel, 35 TL, 17 € la doble con baño, nos entró el típico vivillo asegurando que nos cambiaría dinero para Irán, algo que a nosotros nos resultaría muy difícil; que no había tren a Tabriz al siguiente día por lo que deberíamos permanecer tres días en Van y que él mismo nos podía facilitar el acceso a la fortaleza que se encontraba muy lejos de la ciudad. Adolezco de una absoluta desconfianza de entrada ante esta clase de tipos. Además, me suelo pasar, algo por lo que me suelen llover críticas, posiblemente razonables. Comedido, le dije que hablaríamos a la tarde.

Fuimos al Tourist Office y comprobamos que sí había tren a Tabriz, como anunciaba la guía, y que a la Ciudadela Castillo se puede ir en microbus o, incluso, a pie. Para evitar entrar a Irán y quedar pillados, cambiamos dinero iraní en una casa de cambio, aunque, efectivamente, no resultó tan sencillo. En todas las situaciones la gente fue muy amable con nosotros.

Luego nos sentamos en una plaza a comer bocadillo con yogur Ayrán 12'5 TL, 6'25 € los cuatro. Lo correoso que estaba el pan y mi excesiva energía al morder, hicieron que uno de mis dientes crujiere provocando el mismo crujido e idéntica sensación que uno siente cuando el dentista le está sacando una pieza y ésta se separa de la carne. Me quedé disgustado pensando que más pronto que tarde el diente bailarían en mi lengua. En mi

pretensión de salvar el diente, durante días, no mordería y cortaría todos los alimentos con navaja antes de pasarlos directamente a los molares

Visitamos la mezquita y localizamos la estación de dolmus, furgonetas grandes dedicadas al transporte de viajeros. Paseamos por los puestos del bazar y contemplamos la gran actividad en las calles comerciales.

Son kurdos y se observa una gran presencia policial con buen número de furgones aparcados y policías armados hasta los dientes desplegados en las calles. Nos pareció que la policía miraba mal a la gente, aunque es posible tal percepción fuese fruto de nuestro prejuicio. Vimos tanquetas de guerra muy sofisticadas en dos ocasiones. Una de ellas iba a gran velocidad. Imponía. No todos, pero bastantes, sabían de Euskal Herria como un país con problemas parecidos a los suyos. Tal vez por eso, nos trataban con enorme simpatía. ¡Vasooooos!, se repetían unos a otros con significatividad y cierta reverencia en la pronunciación. Algunos querían que les hiciésemos fotos y nos daban sus direcciones de correo electrónico para que se las enviáramos, aunque temo que algunas estén mal escritas.

En el zoco, organizado también por gremios o actividades comerciales, llamó nuestra atención la gran cantidad de tipos de queso y yogures. Compramos para probar unas bolsas de queso fresco que sirven a granel a partir de enormes baldes. Acompañado de unos bollos deliciosos nos servirían para cenar en la habitación.

Visitamos repetidas veces, pues el trato era exquisito, una tetería pegada a la estación de dolmus. Es un local amplio con una salamandra y mesitas pequeñas con prensa y taburetes repleto de gente humilde en su mayoría que se tira grandes ratos leyendo, fumando, hablando o pasando el tiempo sin más. Constituye un ámbito de relación. Eso sí, exclusivamente masculino. Las mujeres se ven sólo durante el día y mayoritariamente van con pañuelo, salvo las muy jóvenes. A partir de cierta hora de la tarde no se ve una mujer y los hombres pasan por las panaderías por los panes recién hechos.

Junto a la tetería hay una panadería que constantemente cuece los panes sin levadura. Los panaderos son muy simpáticos e hicimos fotos del proceso. Uno hace la masa y mediante un rodillo la extiende en una mesa. Otro la coloca perfectamente sobre una especie de almohadilla que agarra por el lado opuesto para dejar la masa extendida adherida a la pared del horno. La masa queda pegada y en poco tiempo toma otro color y saca unos bultitos que empiezan a tostarse. Es el momento de sacarla. Recién hecho resulta muy sabroso.

15 de Abril, jueves

Dejamos la habitación a la mañana y nos guardaron los bultos. Al pagar al que suponíamos el dueño, éste corrió a entregar los billetes a un viejo enorme y mal vestido que permanecía en un butacón del oscuro hall recontando fajos mugrientos.

Fuimos a desayunar a la tetería habitual, donde nos ofrecen unos bollos deliciosos. Tanto el té como el bollo valen media lira turca, 0'25 €. Luego, confirmado el punto exacto de donde parte el dolmus para la estación, preguntamos a unos policías municipales qué dolmus nos conduciría a la fortaleza pegada al lago. Con desmedido celo, nos acompañaron hasta una esquina y pararon el dolmus que nos había de llevar.

Partiendo supuestamente de una torre vigía, se fue construyendo un enorme castillo repleto de galerías y habitáculos que acabarían jugando el papel de vigía, defensa y

ciudadela. Es espectacular la vista que se observa desde la altura, tanto de la misma ciudad, como del lago o el puerto.

Unos críos acostumbran a esperar en la base para indicar, a cambio de una propina, cómo colarse por un cementerio para acceder directamente desde el lado de la ciudad sin dar un buen rodeo ni pagar el ticket, siempre que a la salida te hagas el orejas.

El acceso es muy agradable y ofrece en la parte sur la vista de dos mezquitas y algún resto de la antigua ciudad que fue sacrificada por los otomanos en la primera guerra mundial. Arriba nos enrollamos, mejor se enrollaron con nosotros, las alumnas de un instituto. Funcionaban con idénticos patrones que las chicas de cualquier instituto de Iruña o de cualquier parte del mundo.

A pesar de las diferencias raciales, de formas de vestir, de formas de vivir y estando en entornos diferentes, se pueden observar pautas colectivas similares. También individuales. En ocasiones me descubro observando expresiones faciales o corporales que reconozco perfectamente. Estoy convencido de que podríamos predecir, con parecido riesgo de error que nuestra misma ciudad, si la persona concreta que se encuentra ante nosotros es una persona amable, honesta, segura, animosa, dubitativa, triste, amargada...

Una vez abajo, decidimos ir a pie hacia el puerto. No habíamos hecho más que iniciar el camino que había de atravesar un barrio de casuchas cuando un coche policial se detuvo a preguntarnos si teníamos algún problema. Les dijimos que no, que simplemente pretendíamos dirigimos al puerto. Se ofrecieron con mucha solicitud a llevarnos en el coche policial. Dos interpretaciones: amabilidad de los muchachos, interés en evitar posible problemas apartando turistas de un barrio un tanto mísero. La mía, la segunda, aunque tampoco son excluyentes.

El puerto no tiene otra misión que la de dar entrada al ferrys que trae los vagones del tren Estambul-Teherán. El tren sale del interior mientras un codo con escaleras posibilita a los viajeros bajar de cubierta nuevamente a ocupar sus asientos. Comemos en el mismo puerto unos peces que asa un muchacho allí mismo.

Atravesamos un área, que parecía recién desecada merced a un nuevo espigón, con casas en construcción a base de bloques y tejado de zinc. Volvimos a la base de la fortaleza que rodeamos a campo través para alcanzar el lado sur. Vimos los restos de la ciudad sacrificada en la guerra y un par de mezquitas restauradas.

Tuvimos la suerte de dar con un local que vendían cerveza, y fresquita. Retornamos a la ciudad a pie observando el auge de la construcción. También comprobamos el precio del gasóleo, 3 TL/litro, 1'50 €, que nos pareció caro.

Finalmente fuimos a recoger los bultos del hotel para dirigirnos a la estación. Los retrasos en la visado de Irán nos habían llevado a cambiar los planes y volar a Van para, desde allí, ganar Tabriz en bus o tren y descender en autobús a Shiraz. El tren nos había parecido la mejor opción.

El dolmus por una lira, 0'50 €, nos condujo a la estación. Se trataba de un habitáculo grande con unas ventanillas y poco más. Tras comprobar la visa turca y la iraní nos dieron las cuatro literas, 22 TL, 11 € cada uno. Habíamos ido con tiempo para coger los billetes y nos sentamos. Pronto nos vimos rodeados e invadidos de bultos y más bultos. El trapicheo se centraba mayoritariamente en productos de droguería, pero a gran escala. Deshacían cajas, tiraban envases y llenaban bolsas cutres de plástico o amontonaban en la misma caja el doble de los productos que venían.

Cuando sonó el silbato, todos los pasajeros corrimos al tren. Por más que habíamos andado atentos, al llegar a nuestro compartimento un tipo enorme con una infinidad de bultos, posiblemente colocados con anterioridad, ocupaba buena parte del compartimento de manera que no cabíamos los cuatro con los bolsos. Le dije en inglés y por señas que aquello no podía ser. El tipo se hacía el sueco y no quería mirarme. Tuve que forzarme y empezar a gritar. De repente, sin decir nada, se fue con algunos bultos, pero dejó otros varios. Entramos de mala manera. Vino otro tipo y se llevó los bultos del primero. Cuando ya estamos instalados aparecieron otros dos con bultos también. Uno de ellos dijo por señas que para ellos las literas de arriba. Asentimos. Se fue y su compañero subió a una litera y llenó la otra de paquetes. Finalmente nos organizamos y nos tumbamos. El cansancio del día y el suave traqueteo nos lanzaron a brazos de Morfeo.

Pero Morfeo salió corriendo cuando el revisor entró encendiendo la luz y gritando algo parecido a "pasaportes". Nos calzamos y salimos. Vimos que la gente salía del tren. Hicimos lo mismo. Nos vimos en un andén desangelado. Estaba muy oscuro. Sólo llegaba el resplandor de dos lejanas bombillas. Seguimos las formas humanas que adivinábamos entre las blancas nubes de vapor que lanzan los frenos hasta que divisamos a lo lejos una caseta iluminada en su interior. Avanzaba entre sacudidas de vapor, esperando escuchar una ráfaga o un "Achtung" desde un altavoz, pues mis neuronas habían rescatado de los anaqueles de mi memoria películas de nazis, judíos y trenes. Mis compas confesarían después que sus neuronas habían rescatado las mismas películas.

Finalmente ganamos la sala con luz y calorcito, aunque un tanto pestilente, donde una prolongada cola se ordenaba hacia la ventanilla donde sellaban la salida de Turquía. Las señoras, además de ser muy minoritarias, contaban con ventanilla específica y acabaron en unos instantes.

Más de una hora duraría la desapacible despedida de Turquía. Que tampoco lo fue tal, puesto que tumbados nuevamente, esta vez calzados, a la espera de una nueva llamada a la entrada a Irán, fuimos despertados a la media hora por la policía turca para comprobar que habíamos sellado la salida del país.

16 de abril, viernes

Al cabo de un buen rato aparecieron los iraníes. Tuvieron el detalle de pedir los pasaportes y llevárselos, sin hacernos salir a la intemperie. Al cabo de una hora nos despertaron para devolvernos los pasaportes, ya cuñados. Al cabo de otra hora vinieron a revisar los bultos. Nuevo detalle, no nos hicieron bajar los bolsos. Sólo revisaron los numerosos bultos del tipo de arriba que lógicamente pertenecía a alguna de las cuadrillas del trapicheo organizado. Una hora más tarde volvieron a despertarnos y nos pidieron los billetes del tren. A eso de las cuatro y media nos dejaron en paz, pero, como hay una diferencia horaria de hora y media, pronto empezó a amanecer y se presentó la hora de llegada a Tabriz.

Cuando Amparo, tras semejante nochecita, se percató de la inminencia de nuestra llegada y, en consecuencia, se enfrentó a la realidad que le obligaba a ponerse el velo sobre la cabeza, se lo colocó sin decir palabra. Pero, cuando se miró al espejo, montó en cólera y, sin que yo hubiese movido levemente músculo alguno, se volvió hacia mí y aseguró que, si se ocurría pretender sacarle una foto, me rompía las gafas.

Una vez fuera del tren, ser occidentales hizo que nos permitieran saltar el filtro de acceso del andén a la sala de la estación, donde nuevamente revisaban los equipajes.

Aquella triste estación, un rectángulo gris de altos techos grises también, en cuyo centro se alineaban un montón de filas de asientos ocupados en su mayoría por mujeres cubiertas de negro total, me supuso como un sopapo de tristeza que como tal quedaría grabada en mi memoria. En aquella triste estación, resolvimos las más urgentes necesidades, visita a los servicios, lavado de cara y desayuno, triste también, en su triste restaurante.

En taxi rodeamos Tabriz de este a sur. La luz, la amabilidad del taxista y la de los empleados que nos atendieron nada más llegar a la estación, borraron por completo la primera sensación de la ciudad.

Sacamos los billetes, 660.000 Reales, 50 € los cuatro. Teníamos por delante un viaje de 24 horas. De dos en punto a dos en punto, repetían los amables tipos de la estación. Nos decidimos por un restaurante que servían comidas. Resultó cutre. Aunque la brocheta de pollo que comí estaba deliciosa, el cordero maduro que saborearon mis compas no favorecería posteriormente la investigación culinaria.

A la salida un tipo señalando a Amparo pretendió decirme algo que no acabé de pillar en el momento. Al punto me di cuenta y aluciné. Había pretendido decirme que no podía permitir a mi esposa ir con una blusa que no bajaba hasta más abajo del trasero.

A las dos en punto abandonamos Tabriz. Era viernes y numerosos vehículos salían por la misma carretera que nosotros en dirección al estadio donde se iba a celebrar un encuentro de fútbol. Descendió el tráfico y nos internamos en una prolongada bardena de colores rojizos. Llamaron nuestra atención los numerosos controles de radar, con el poli apostado tras la cámara colocada en un trípode. También llama la atención la distancia entre los carriles de ambas direcciones que pueden estar juntos como estamos acostumbrados, pero también muy distantes, a 50 ó 100 metros.

Los autobuses son bastante cómodos y como siempre a lo largo de todos los viajes nos sirven refrescos y magdalenas envueltas en celofán. Según mis compas, el olor a pies nos envolvía, no en estereo, sino en home cinema. Yo aseguraba no notarlo y era cierto. Cuando a lo largo del viaje llamara la atención de mis compañeros respecto a los efluvios del perfume de alguna moza, habían de saltar como un resorte culpabilizándome por contar con un olfato selectivo.

El autobús que rodó muchos kilómetros en dirección de Teherán, acabó apartándose de ésta para dirigirse al sur. Tienen establecidas las paradas a las horas del rezo. Paran siempre en mezquitas para hacer pis y rezar. Guardaré en mi memoria la imagen de Alfonso arrugando la nariz en vana pretensión de bloquear el olfato y, aferrado a su entrepierna, saltando desesperado por la espera.

La cena la hicimos en un restaurante. Como nadie sabía una palabra de inglés, no podíamos saber cuánto tiempo estaríamos parados. El tipo del restaurante se portó. Me llevó a la cocina y mostró qué nos podían servir. Señalamos pollo con arroz. Estaba bueno, aunque la falta de tranquilidad, al no saber con cuánto tiempo contábamos, nos impidió disfrutarlo.

Dormí a ratos. Contemplé paisajes, rotondas, los apartados carriles en sentido contrario y las escasas luces de los poblados.

17 de Abril, sábado.

Fue amaneciendo. El conductor parecía haberse olvidado que teníamos que parar para estirar las piernas, comer algo y hacer pis.

Finalmente a eso de las ocho y media el autobús se detuvo. Nos dirigimos al chofer pretendiendo, por señas y señalando la esfera del reloj, saber cuánto tiempo se iba a detener. Él se limitaba a repetir Shiraz. No nos lo creíamos, pero algunos viajeros lo repitieron también mientras abandonan el autobús. Nos hizo mucha ilusión habernos librado de seis horas de autobús, que había que sumar a las que ya llevábamos, pero tampoco entendimos por qué nos habían asegurado que llegaríamos a las dos. No supimos si lo hacen para curarse en salud ante un imprevisto o si no habían entendido ni una palabra de inglés que es lo más probable.

Un taxi nos llevó al Anvari, un hotel que aparece recomendado en la guía. Tengo que reconocer que los recomendados en la Lonely no suelen defraudar, pero me molesta que en ocasiones prioricen unos hoteles sobre otros que potencialmente podrían tener similares o mejores prestaciones y ser más económicos. Igualmente tengo la sensación de que con el tiempo se están decantando por propuestas más caprichosas y menos económicas. En todo caso, el Anvari es un buen hotel en relación calidad precio, quienes lo llevan son amables y eficientes y está muy bien situado. Como no tienen dos dobles, cogemos una cuádruple, 380.000, 28'5 € por noche. Los desayunos se pagan aparte 15.000, 1'20 €/p y se componen de lo habitual más huevos fritos o tortilla.

Nos tiramos a la calle y, como atraídos por un imán, acabamos en el Bazar Vakil, el más importante. Es un bazar auténtico, amplio y concurrido. En él Mila y Amparo, entre las risas de las indígenas envueltas en negro, se hicieron con unas caperuzas negras para sustituir al pañuelo, que no acabarían resultando cómodas.

Tras recorrer buena parte del bazar, entramos a ver la Mezquita Vakil, situada en un lado de éste. En la puerta escuchamos hablar castellano a una señora que estaba con una pareja de jóvenes. Entramos a la Mezquita y ellos lo hicieron a continuación. Mi sorpresa fue enorme cuando el joven que me resultaba conocido se quitó las gafas para mirarme. Descubrí que se trataba de Raimon, un valenciano que conocimos en Mali con el que habíamos tenido sucesivos encuentros en nuestro viaje por el país africano. Iba en un 4x4 con su moza a India. Su ama había volado a Teherán para pasar unos días con ellos. Descubrimos que estábamos en el mismo hotel.

Seguimos visitando la mezquita cuyos paneles de azulejos y sus columnas en espiral llaman la atención. Vuelta al bazar, sus galerías, sus artesanos, su patio y su tetería.

Paseamos por la calle principal, por el río y sus puentes y por el entorno de la ciudadela. Cuando estaba bajando la luz se nos ocurrió preguntar cómo ir a un barrio, que luego supimos estaba en el extrarradio, que contaba con un jardín. Preguntamos a algún tendero y luego a un municipal, pero nadie sabía inglés. De pronto apareció un tío enorme de ojos azules que empezó a gritar que era "polisman" y nos pidió los pasaportes. No hablaba inglés pero sí entendió que estaban en el Hotel. Cuando le dije que estábamos en el Anvari, se tiró al centro de la avenida, paró al primer coche y ordenó con resolución al tipo que se arrugaba ante el volante que nos llevara inmediatamente al Anvari. Le dije que no. Insistió con inusitada energía. Le dije que no, que queríamos ir andando. Se dio la vuelta, dio un salto, entró en una tiendita pequeña y, apartando de una brazada al dueño, se apoderó del teléfono para hablar con el hotel Anvari. Habló un rato con manifiesta autoridad. Supuse que le habría dicho que fuésemos al hotel. Me pasó el auricular. El del hotel me explicó con tranquilidad que el poli no quería que fuésemos a ese barrio. Le dije que bien, pero que nosotros no queríamos ir al hotel, sino seguir paseando. Tomó de nuevo el auricular y al

punto lo abandonó desesperado. Finalmente entre señas y algo de inglés que pescaban los de las tiendas de al lado que se habían arremolinado, conseguimos pillar algo de "danger". Nos dimos cuenta por dónde iban los tiros y conseguimos hacer entender a aquel energúmeno que nosotros queríamos seguir andando, que no íbamos a ir a ese barrio, sino caminar por el centro hacia el hotel. De buena nos libramos al perder de vista aquel tipo enorme que no nos había tratado mal, pero daba miedo.

Cenamos en el Gavara que resultó un lugar poco acogedor con gente antipática y un menú 38.500, 3€/p, alubias, una amarga verdura astillosa y pollo, en absoluto recomendable.

18 de Abril, domingo.

Amaneció jarreando y decidimos cobijarnos primero en el museo y después volver al bazar. Picamos algo en el mismo bazar y cuando dejó de llover fuimos en busca de la mezquita antigua. No dimos con ella y acabamos en Aramg-e Shah-e Cherag que contiene la Tumba del Hermano, uno de los hermanos del Imam Reza. No dejaron entrar la cámara y a las chicas les hicieron envolverse en telas negras hasta los pies, además de sus velos. Una vez dentro alucinamos. Bóvedas ingentes de nidos de abeja cubiertos de espejos y espejuelos donde se reflejaban las innumerables luces de enormes lámparas, provocaban la sensación de haber accedido a la más sorprendente cueva de Alibabá que se pueda imaginar. Realmente de alucine. Ellos, enfervorizados, acceden a la tumba, la tocan, dicen oraciones y echan billetes en su interior, antes de alejarse andando hacia atrás poseídos de extrema reverencia.

Salimos a la puerta principal. Para que no dejásemos de alucinar, una señora con extrema amabilidad y suma cordialidad se agacha para poner unos imperdibles a Amparo en un abierto lateral de su vestido que deja a la vista en ocasiones su pie. No dimos con la mezquita vieja y nos trasladamos de nuevo al centro.

Decepcionados de la gastronomía la noche anterior pretendimos ir a un buen restaurante junto a la Mezquita Vakil pero no estaba abierto y nos decidimos por un delicioso pollo asado con ensalada y yogur, 130000, 9'75 los cuatro. Los yogures bebibles aquí suelen ser ácidos y algunos vienen con hierbitas, todos muy ricos.

19 de Abril, lunes.

Nos decidimos por una oferta del hotel. Un taxi todo el día visitando Pasargade con la tumba de Ciro, Naqsh Rostan con sus tumbas escavadas en enormes paredes, los relieves de Naqsh Rajab y, lo principal, Persépolis. El paseo, sin incluir Pasargade, una hora ir, otra volver y tres allí, sale por 140.000, 10'5 €. Nosotros, incluyendo Pasargade, salimos a las 10 volvimos a las 18:30 y pagamos 160.000 reales, 12 €/4 el día.

El dinero Iraní es el rial. Su elevado valor numérico respecto al valor de los productos ha hecho que se funcione con el Toman equivalente a 10 reales. En este sentido es necesario siempre aclarar de antemano de qué se está hablando o en qué consta el precio. Irán invita al ahorro, mientras que Europa lleva al despilfarro. Pagar una cantidad numéricamente elevada por cualquier producto psicológicamente induce al retraimiento, mientras que pagar una cantidad numéricamente muy baja por el mismo producto induce al derroche.

Nada más abandonar la ciudad, adelantamos un 4x4 y el taxista señaló que eran extranjeros. Se me va el ojo a la matrícula y descubro que es de Valencia. Era Raimon. ¡Qué

coincidencia! Pitamos, saludamos y nos detuvimos con ellos un momento, aunque habíamos a reencontrarnos en Yazd.

De Pasargade, merece la pena la tumba de Ciro. Teniendo en cuenta la distancia a que se encuentra, sería prescindible. Impactan más, al menos en mi caso, las tumbas escavadas en o alto de rocas en Naqsh Rostan. Los relieves de Naqsh Rajab se pueden ver en un momento y están al lado. Persépolis se merece más tiempo. En nuestro caso, dado que pasamos demasiado rato en Pasargade y paramos a comer, nos quedó menos tiempo del necesario para Persépolis.

Persépolis es un conjunto amplio que, además de recoger ininidad de relieves muy bien conservados, puertas y dinteles tallados y restos de figuras; posibilita imaginar y sentirse en el interior de un amplio conjunto palaciego. También posibilitó en nuestro caso encuentros entrañables con familias y gente que nos paraban, saludaban, querían sacarse fotos con nosotros... No vimos un extranjero en la visita Persépolis, aunque puede que por la tarde la presencia de visitantes se a menor.

Cenamos en la habitación a base de melón, queso, unos pastelitos deliciosos y un yogur riquísimo curiosamente de marca "Andía".

20 de Abril, martes

Iniciamos la jornada con un hecho que pudo tener consecuencias, pero que, gracias al Aura Mazda, no las tuvo. Amparo, al salir del baño sin chancletas, se dio un resbalón y fue a caer de espaldas, dándose con la cabeza en el perfil de la puerta. Una herida pequeña y el susto fueron todo.

Cambiamos dinero en una casa de cambio, en vez de en el banco. Resulta más rápido y eficiente y la comisión es mínima. Visitamos la ciudadela. Su interior está bien, sin más. Llamó mucho mi atención una exposición de fotografías antiguas de la ciudad de la primera mitad del siglo XX, en las que la mayoría de los grupos de mujeres, supuestamente acomodadas, que aparecían, estaban sin velo. Anclada en mi memoria quedará la extrema dulzura en los ojos de una mujer de unos cincuenta o sesenta años que con sumo interés y delicadeza insistía en que fuésemos a su casa. Aunque hubiese dado al traste con nuestra planificación, posiblemente hubiésemos tenido que acceder, pero no lo hicimos. Entre otras cosas, porque los hijos mayores que le acompañaban no parecían tan dispuestos.

Partimos en busca de la Tumba de Hafez. Es un monumento muy popular que, parece, sirve de imán aglutinador del mundo culto y progre que precisamente se perfila como contrario a la intransigencia religiosa. Había mucha gente visitando la tumba y se percibía gran reverencia. Abundaban las chicas de instituto. Un grupo de éstas descubrió y envolvió a Amparo en el rincón en el que se había sentado a descansar. Decían mil cosas y les encantó hacerse fotos con nuestras chicas, pero sobretodo gritaban sin descanso.

Al salir del recinto de la tumba de Hafez nos detuvimos un momento para establecer, mediante el plano de la guía el trayecto que habíamos de seguir para visitar la Tumba de Saadi. Como en repetidas ocasiones que nos habíamos detenido a dilucidar un trayecto, se nos acercó un muchacho y preguntó si podía ayudarnos.

Cuando le dijimos dónde queríamos ir nos advirtió que estaba lejos, a la entrada de la ciudad. Insistimos en que iríamos a pie y se ofreció a acompañarnos. No teníamos necesidad de que nos acompañara pues el trayecto estaba claro y, por evitar malentendidos, le advertimos que no teníamos intención de visitar establecimiento alguno y

menos comprar. Reconoció dedicarse a la venta de alfombras en el Bazar Vakil, pero que sólo pretendía hablar con nosotros, si no nos molestaba. Nos pareció una oportunidad para charlar con un muchacho joven y saber qué pensaba.

Su visión era la de un joven que no contaba con una situación desahogada, no contaba con una familia acomodada y tenía que buscarse la vida en un negocio de alfombras.

Empezamos hablando de política. Afirmaba que había habido un fraude al 80% de la población. No entendíamos muy bien. Es factible y habitual en muchos países el fraude electoral, pero no parece fácil en tan elevado porcentaje. No obstante todos los que hablaron con nosotros a lo largo del viaje barajaban más o menos la cifra de un 80% contrario al régimen. Asimismo aseguraba que los mullah o religiosos adinerados son quienes, dominando la economía y los hilos de la política, se están enriqueciendo veloz y ostensiblemente.

Lo que más llamó nuestra atención fue la situación vital que nos transmitió con un puntillo de tristeza. Afirmaba que los jóvenes en su país no tienen futuro y no tienen salida. Tienen trabas de todo tipo. No cuentan con entornos donde puedan agruparse, no pueden salir de la país, no tienen acceso a medios, no tienen Internet abierto, no pueden beber...

Me impresionó cuando relató cómo las mujeres están supuestamente muy protegidas de manera que él no puede dirigirse a una chica y tampoco puede establecer una relación con una chica. Si una chica accede a pasear simplemente con él, puede pararles la policía por la calle, pedirles los papeles y, al comprobar que no es su esposa, llamar a su padre y al padre de la chica y echarles la bronca, pudiendo, incluso, ser detenidos. Precisamente por eso, decía y es cierto, no se ven parejas por la calle ni grupos de chicos y chicas. De esta manera los chicos de familia acomodada permanecen en casa hasta que se casan, escogiendo generalmente su pareja del entorno familiar o de las amistades familiares. Únicamente los jóvenes de familias ricas que tienen casas grandes con jardín pueden, con cierta discreción, juntarse con otros jóvenes. Incluso cuando se trata de gente acomodada es menos probable que la policía se meta con ellos por la calle.

Me impresionó también cuando contaba que el simple chivatazo de un integrista, y los hay en cierta proporción, supone que tienes inmediatamente la policía encima.

Es un panorama triste que limita seriamente las posibilidades de la juventud, más tratándose de gente sencilla. Posiblemente esa situación sea diferente en la universidad y por su puesto en Teherán, donde indudablemente el control no puede ser similar.

Al llegar a la carretera general, frente a unos jardines con sucesivas cascadas se despidió de nosotros. Nos dejó un regusto tristón.

Tal vez por ese regusto o porque nos pareció que ante esta nueva tumba, de Saadi, no afloraban tantos sentimientos como en la de Hafez, no nos gustó tanto, por más que estaba invadida de gente de todo tipo y, por supuesto, de alumnas de instituto.

Allí tomamos un taxi a Evan Garden. Nada más pagar la entrada y acceder al hermoso edificio principal, nos dimos cuenta de que en el interior del jardín no había dónde comer o comprar algo para picar. Decidimos entonces salir a comprar algo para volver posteriormente y proseguir la visita. Hablamos con los de la puerta y ellos mismos llamaron a un taxista. Le explicamos qué queríamos. Al darnos cuenta que se alejaba demasiado, pensamos que no nos había entendido. Acabamos al pie de un ascensor que ascendía al "Shandiz", un restaurante de gran lujo desde el que se denomina la ciudad. No queríamos subir, pero acabamos quedándonos y concertando con el taxista una hora para recogerlos y el precio. Pagamos por la comida un total de 700.000, 13€/p. Muy caro para allí, aunque la

comida estaba muy bien. Nos molestó que nos hubiesen enredado, sin dejarnos hacer lo que pretendíamos. Aunque nunca supimos con certeza si fue voluntariamente para conseguir una comisión por parte del taxista, bastante probable, o simplemente lo hizo pensando que nos haría ilusión el lugar y la buena mesa.

Cuando vino el taxista, que con bastante descaro metía prisa, no teníamos tiempo para ir al jardín, del que no habíamos visto más que el exterior del edificio principal. Optamos por ir a la Mezquita Vieja o de los Mártires, en vez de volver al jardín. Una vez allí, no siendo el trayecto más largo, nos quería cobrar mucho más de lo acordado. Como teníamos la referencia del taxi que nos había llevado de la tumba de Shalim a Evan Garden, entendimos que se pasaba demasiado. No le pagamos más de lo acordado. Tuve que mantener una agria discusión, algo que siempre deja mal cuerpo. No supone el dinero, que suele ser poco, sino que molesta que te tomen el pelo.

Descubrimos que la Mezquita Vieja, que habíamos buscado infructuosamente el día anterior, se encuentra a la izquierda de la puerta lateral de la Mezquita donde está el hermano del Imam Reza que habíamos visitado. Por cierto, pretendimos volver a entrar para alucinar nuevamente con espejos y arañas y nos negaron el acceso.

Volvimos por el bazar realizando las últimas compras para la cena y el viaje. Reincidentes, volvimos a caer llenos de gozo en las tentaciones de la ya conocida y deliciosa pastelería. Tomamos un té en un hotel pretendiendo inútilmente acceder a Internet. Buscamos para fotografiar una galería única de maniqués con túnicas negras que habíamos descubierto el día anterior. Pagamos el hotel.

21 de Abril, miércoles

Por la mañana en la estación de autobuses nuevamente nos dejó aturdidos la eficiencia y amabilidad de los empleados. El trayecto, se inició por una tierra ya conocida hasta que un desvío nos elevó a un puerto entre rocas que descendió a un área desértica con salpicaduras verdes que abrigan pequeños poblados hasta Yazd. 65.000 Reales, 4'9 €.

Silk Road Hotel aparece pintado en la pared de una inmundicia calleja de barro. Bajas dos escaleras, entras y te ves sorprendido por un enorme y hermoso patio con plantas, divanes y mesas. Las habitaciones, 350.000 reales, 26'25 € la doble con baño y desayuno, son igualmente una cucada. Resulta un sitio muy agradable. Habíamos pedido en el Anvari en Shiraz que nos reservaran. De no haber sido así, no hubiésemos conseguido habitación. Reservar con dos o tres días de antelación, es una práctica no sólo conveniente, sino necesaria, pues hay bastante diferencia de unos hoteles a otros. No tanto en el precio, que también, como en la calidad del trato y eficiencia con viajeros.

Saludamos a Raimon que estaba allí con sus mujeres. Degustamos ensalada, una especie de pasta de patata, berenjenas y camello.

Esa misma tarde visitamos la mezquita Jameh Mosque, la Prisión de Alejandro, un hotel de lujo con sus torres de ventilación. Todo nos encantó, pero sin duda lo que más llamó nuestra atención es el entramado en barro de callejas y galerías cubiertas que te transportan a un mundo alucinante, un mundo de cuento. Las mujeres evolucionando en negro entre los claroscuros de callejas y galerías generan sucesivas imágenes de lo más sugerentes para quien viaja con una cámara en la mano.

Ya oscuro, nos acercamos a la Torre de Reloj y visitamos una de las mezquitas más relevantes de la ciudad.

Continuamente la gente saluda con enorme simpatía. Incluso las mujeres miran a la cara y sonríen estableciendo una deliciosa contradicción con su desagradable vestimenta negra. Los comerciantes invitan con un gesto y franca sonrisa que nada tiene que ver con el agobio de otros países. En las mezquitas no sólo no ponen traba alguna, sino que te llaman y muestran lo que suponen puede resultar interesante para ti. Continuamente se acercaban con amabilidad a ver si podían ayudarnos en orden a lo que buscábamos o pretendíamos visitar. Se detenían para invitarnos a una especie de bolitas de pan. Si nos preguntaban de dónde éramos, no pudiendo hilar más fino, decíamos de España y se veían muy contentos. Llegamos a plantearnos responder en alguna ocasión que éramos alemanes para ver si efectivamente la química era distinta, pero no lo llevamos a cabo. Posiblemente que España haya sido musulmana y no haya colonizado en el área, sean motivo suficiente para que desde su percepción, se sientan más cerca de nosotros que de países europeos del norte.

Se acercó un muchacho de unos 35 o 40 años hablando italiano. Dijo que no sabía español, pero sí italiano y que podía enseñarnos la ciudad. Ante nuestra, supongo, expresión de sorpresa, se apresuró a aclarar que era gratis, que él acababa de trabajar a las dos y tenía la tarde libre. Quedamos en llamarle por teléfono.

Cenamos en el hotel con Raimon, Leda y Pilar, 50000, 3'75 €/p. Charlamos de viajes, de los lugares que habían visitado en Siria y los hoteles interesantes. Andaban buscando un lugar donde dejar aparcado el vehículo en India y les propuse una residencia de jesuitas que habíamos visitado y en la que residía el primo de una buena amiga. Raimon nos hizo la reserva, al mismo precio que él había conseguido, en el Caravansaray de Zenoidin.

22 de Abril, jueves

Desayunamos también con Leda, Pilar y Raimon. Nos tiramos nuevamente a las alucinantes calles de la ciudad. Visitamos la Casa Lavia, una casa antigua que, aunque mejor conservada, tiene una estructura similar a la del hotel. Accedimos a la invitación de un artesano tintorero que nos hizo una exhaustiva demostración del proceso de su trabajo, además de invitarnos a té.

Visitamos el Museo del Agua. Fundamentalmente recoge el trabajo realizado desde antiguo en la ciudad para conseguir mantener en condiciones un entramado de galerías subterráneas que transportan agua por debajo de la ciudad. El agua aparece en puntos concretos, donde profundas rampas permiten a los ciudadanos acceder al agua. A ello hay que añadir los depósitos, rodeados de "bagirs", o torres del aire, que mantienen ésta fresca. Se trata de torres con un sistema de ventanas alargadas, abiertas unas y cerradas otras que, sin que llegásemos a entender su sistema de funcionamiento, posibilitan, lo comprobamos, que se genere una corriente de aire hacia abajo. Descubrimos en el museo toda la sorprendente infraestructura que evidencia la inteligencia práctica acumulada en el tiempo por aquel pueblo para sobrevivir al borde del desierto.

Tras una vuelta por el bazar que, al ser la hora de la siesta, está prácticamente cerrado, decidimos visitar un depósito que está rodeado de seis torres de refrigeración, en lugar de las cuatro habituales. Una vez en la zona, entramos a una joyería a preguntar dónde encontrarlo, pues no era fácil. El joyero, suspendiendo su atención a un cliente, nos lo indicó con extrema amabilidad y proseguimos bajo un calor aplastante. De pronto una señora con su coche se detuvo y nos llamó para que subiésemos. Nos dimos cuenta de que se trataba de la cliente de la joyería que al salir no tuvo mejor idea que buscarnos con su coche y llevarnos hasta la puerta de la misma cisterna. Encantadora. Sorprendente.

A la vuelta Amparo y Mila entraron en una óptica para preguntar el precio de las gafas. El precio es bueno y de hecho gran cantidad de occidentales se compran allí las gafas, pero las progresivas no las hacían de un día para otro. La familia de la joyería se empeñó en que se quedaran a compartir la comida con ellos, pero nosotros habíamos continuado hacia el centro, no podían avisarnos y se quedaron. En un sencillo chiringuito comimos los típicos triangulitos fritos con pasta en su interior 77000 R, 6 € los cuatro.

Telefoneamos al muchacho que se había ofrecido el día anterior a mostrarnos la ciudad. Se trataba, como supimos cuando se presentó con su flamante coche, de un ejecutivo de una empresa de cerámica en la que habitualmente solían contar con italianos, razón por la cual el conocía la lengua. Nos llevó al templo de Zoroastro.

Curiosamente conducen sin ningún tipo de ordenamiento. En un cruce de cuatro calles, en el que todos pueden ir por cualquiera de las otras tres, se crea un abigarrado entramado que se acaba solucionando con tranquilidad y una sonrisa condescendiente. Posiblemente es así por pura necesidad, al no existir una norma. Posiblemente lo que nos pasa a nosotros es que, al tener plena conciencia de que una norma nos otorga la razón, no aferremos a nuestro derecho y nos hacemos más intransigentes. Una situación similar en nuestro país supondría broncas descomunales, agresiones de todo tipo y frecuentes infartos.

El Fuego que mantienen los zoroastrianos, no sé si porque el fuego me pareció un tanto triste o porque el Templo estaba lleno de turistas, no despertó en mí gran interés. Parece ser que al constituir la religión de Zoroastro la religión de los antiguos persas anteriores al Islam se está pretendiendo revitalizar culturalmente en sentido antitético frente al Islam.

La mala fortuna hizo que se accidentara el hijo de nuestro cicerone y éste recibiese la llamada de su mujer comunicándole que su hijo pequeño se había quemado. Nos llevó con el coche a su casa, por más que le dijéramos que nos dejara. Esperamos en la puerta de su casa. Apareció con el niño que tenía un brazo quemado. Con absoluta tranquilidad y suma ternura situó al niño entre su brazo y el volante y, dándole besos mientras conducía, nos llevó a todos a un centro donde atender al pequeño. Que estuviese cerrado y tuviese que buscar otro hospital, hizo que accediese a nuestra demanda de dejarnos para atender a su pequeño. Encantador. Alfonso repetía que ellos nacían buenos y nosotros malos. Le llamaríamos de Isfahan para saber del niño y reiterar nuestro agradecimiento.

Cuando ya el sol descendía nosotros ascendíamos a la puerta que preside la plaza. Desde lo alto contemplamos cúpulas, bóvedas y bagirs. La misma plaza con mocetes jugando a fútbol y familias tumbadas en el césped evidenciaba una agradable y rica vida social.

23 de abril, viernes

Hamek, el más enrollado de los mozos del hotel, nos advirtió que, siendo cuatro, nos traía más cuenta coger un taxi por 150.000 rials, 11 €, hasta Zenoidin que un taxi a la estación, el bus de Yazd a Keman y tener que ir luego de la carretera al Carvanseray a pie.

Zenoidin, uno de los dos caravanserais redondos que se conocen, ha sido perfectamente restaurado y convertido en un hotel con muchísimo sabor. Situado en una planicie desértica con encanto, cuenta con una maravillosa estructura y está restaurado con mucho gusto.

Al atardecer, mientras los colores fueron mostrándonos su caprichosa transformación, tuvimos ocasión de pasear por el desierto, acompañados por el rumor de fondo de la actual Ruta de la Seda, constituida por dos filas de camiones en cada sentido que aglutinan todo el tráfico del sur de Asia, ahora que Afganistán es impracticable. Poco a poco el sol fue bajando haciendo guiños entre nubes que lanzaban rayos sobre unas montañas recortadas. Una libre nos saludó antes de refugiarnos nuevamente en el caravansaray.

Los únicos huéspedes éramos nosotros y un tipo alto que habíamos conocido en el Hotel de Yazd y resultó ser un viajante australiano muy peculiar que, mediante una expresión corporal y facial exageradas, nos contó su vida, sus inquietudes y su viaje por Irán. La cena que nos sirvieron fue realmente notable, posiblemente la más sabrosa. Destacaría las berenjenas, una salsa de castañas con granada, el arroz con cerezas y un yogur exquisito.

24 de Abril, sábado

Por la mañana el paisaje había cambiado completamente de color, aunque permanecía el permanente runrún de la actual Ruta de la Seda. Desayunamos con unas mermeladas notables también. A la hora de pagar Kamrar Emomi, Kami para los amigos, no nos quería cobrar la comida del día anterior. Eso después de habernos hecho un precio ajustadísimo, mediante la reserva de Raimon. Ya nos había anunciado éste que Emomi era un tipo muy legal. Muy majo. Con el escaso turismo que existe es difícil hacer rentable un lugar con tantas posibilidades. Es una pena.

Casi toda la gente que vive en relación con el turismo espera, sin fundamentación alguna, la reactivación de éste por generación espontánea. El turismo ha bajado mucho con los miedos provocados y la mala prensa sobre Irán que calculadamente destilan los medios occidentales. Por otro lado, tampoco parece que al gobierno Iraní le importe demasiado, puesto que, aunque supondría entrada de divisas, llevaría consigo una incidencia negativa en orden a mantener un sistema dictatorial en el que la autoridad religiosa está por encima del bien y del mal.

El mismo taxista que nos había llevado nos devolvió a la terminal de Yazd. En el momento que llegábamos, sus colegas avisaron al taxista de que acaba de partir el autobús a Esfahán. El muchacho no nos dejó bajar y salió velozmente a cortar el paso al autobús que se detuvo. Subimos. El trayecto no es largo y los dos chóferes, que se apañaban muy bien entre ellos, nos condujeron sin prisa alguna preparándose té o cigarrillos. 50000 reales/p, 3'75 €.

A la llegada a Esfahan pude contemplar una discusión entre dos taxistas, el primer detalle chungo entre personas que había observado en todo el viaje.

Nos dirigimos al Saadi hotel que aparece en la guía y lo había citado una amiga. Realmente deprimente. Bastante espartano, pero además sucio. El desayuno lo sirven en la habitación cuando hay un comedor y el personal no es ni atento ni eficiente. Tampoco es barato en proporción 350000, 26'25 € la doble. Hubiésemos debido cambiar de hotel, pero, una vez allí, la pereza nos pudo.

Empezamos por buscar la afamada Plaza, con la pretensión de recuperarnos del bajoneti provocado por la cutrez del hotel y el atosigante trasiego de una gran ciudad que nos había robado la paz de caravansaray. La Plaza del Imam nos pareció preciosa. Es enorme. La segunda, tras Tiananmem. Le proporcionan gran encanto los muros de doble

arcada que la rodean por todos los lados, salvo las dos mezquitas, el palacio y la puerta del Bazar. Está también perfectamente iluminada. Pero lo que más llamó mi atención fue la cantidad de gente que trasiega, se moja los pies en el estanque, corre con sus niños, pasea, se sienta u ocupa el césped rodeado de su familia. Como era tarde, nos limitamos a pasear, atender los grupos de estudiantes que vienen a enrollarse en inglés, dar un corto paseo por el bazar que estaba a punto de cerrar y visitar la tetería del primer piso a la izquierda de la entrada al bazar que ofrece una magnífica vista de la misma plaza.

El iraní es el pueblo que con mayor profusión utiliza el espacio público natural. Es el pueblo del camping. Lo mismo en la carretera que en los aparcamientos a la entrada de las ciudades que en cualquier punto remoto de cualquier montículo aparecen las tiendas de campaña, todas en forma de igloo elevado. Pero en las ciudades, las plazas, los puentes, los jardines, todos los espacios verdes están permanentemente ocupados por familias, ancianos, jóvenes que encima de una esterilla, una tela o directamente en el césped disfrutan plácidamente. En este sentido en Ispahan, precisamente por contar con grandes espacios naturales es más patente, es una pasada.

Cuando retornábamos al hotel, ya tarde, se nos adhirió un joven estudiante de ayatola, teólogo musulmán, que resultó bastante plasta.

Es justo resaltar el sentido de absoluta seguridad que uno siente en este país de noche y de día y en cualquier lado. En ningún país nos habíamos sentido tan seguros como en Irán.

25 de Abril, domingo

Partimos al punto de la mañana nuevamente hacia la plaza del Imam. Inmediatamente entramos a disfrutar de la mezquita del Imam. Su giro para encontrar la dirección a la Meca, su patio descomunal, su sala principal en cuyo centro se repiten los sonidos, sus azulejos amarillos y azules, los minarettes y, sobretodo, la perfección de la gigantesca redondez de sus cúpulas azulejadas en turquesas, nos dejaron extasiados.

Nos dirigimos luego a la Mezquita Jamé, o del Viernes, al noreste del bazar que también recorrimos. Resulta diferente del resto de mezquitas. Conduce a un pasado menos lujoso y exuberante que la Mezquita del Imán, pero más antiguo y con un toque de autenticidad. Estando allí se nos acercan dos chicas jóvenes y se enrollan. En un momento una de ellas nos dice si queremos que nos baile danza tradicional iraní. Ante nuestra afirmativa respuesta, le da a su compañera el móvil para que haga sonar el acompañamiento y se pone a bailar con suma seriedad para nosotros. Alucinamos una vez más.

26 de Abril, lunes.

Saltamos de la cama con la intención de dejar decidido y apañado el Camino de Damasco, icómo suenal, aunque sería más exacto decir el viaje a Siria. En la oficina de trenes nos aseguraron que el tren Teherán Damasco no funcionaba, algo incomprensible para nosotros que teníamos en la mano horario, precios y paradas, bajados de Internet hacía menos de un mes. Podíamos tomar el semanal Teherán Estambul, apearnos en Van o Tatvan y descender por el Kurdistán, como era nuestra intención inicial, pero las fechas no nos cuadraban, y perderíamos casi una semana esperando. La otra posibilidad era el autobús, aunque la ruta de éstos va por el norte de Turquía y tendríamos que abandonarlo en Erzurum para descender hacia Diyarbakir y luego pasar a Siria por el noreste. Es una

bonita ruta, pero supone bastantes días y tampoco en conjunto estábamos motivados para grandes tiradas en autobús.

En primer lugar confirmamos la no existencia de la línea Teherán Damasco. Confirmada ésta, nos plantearon la posibilidad de coger un vuelo Teherán Damasco que saldría por unos 164 €. La decisión fue rápida y unánime. Parecía ser que podíamos hacer la reserva por teléfono, pero acabamos teniendo que ir a una Agencia. Parecía ser que con los datos era suficiente, pero tuvimos que desplazarnos al hotel y pedir los pasaportes. Parecía ser que todo era cuestión de un momento, pero algo no marchaba. La muchacha que nos atendía no dejaba de soplar y hablar por teléfono con el director de la agencia y su secretaria. Preguntamos si había algún problema y dijo que no. Al cabo de un buen rato, insistimos y reconoció que sí. El director de la agencia habló con nosotros. Dijo que lo sentía, pero que de Inmigración le negaban la posibilidad de darnos los pasajes. La razón era que no contábamos con un billete de ida y vuelta o, en nuestro caso, de salida de Siria. No entendíamos cómo Inmigración Iraní se metía en esto cuando nuestra visa siria estaba perfectamente en orden y cuando, en todo caso, sería problema de los sirios. Nos propuso facilitarnos un billete de avión Damasco-Estambul. Expliqué y volví a explicar al director nuestra intención, hasta que me percaté de que me había entendido perfectamente. Sin demasiada convicción, pretendía hacernos ver que necesitábamos el billete de salida de Siria. Extendí el mapa en su mesa y le expliqué el viaje que pretendíamos que no tenía como finalidad volar sobre países, sino realizar un recorrido. El tipo entendía perfectamente, pero... Al final, dijo que lo sentía, pero que no iba a poder ser. Busqué consuelo viéndome en el bus mirando por la ventanilla. Nueva charla con Inmigración por parte del director de la agencia. Dijo que igual cabía una solución, que le firmáramos un papel que le quitara a él toda la responsabilidad. A la pregunta de qué pasaría si al salir del país nos ponían dificultades antes de volar y perdíamos el vuelo y el billete, me decía que suponía que no, pero tampoco daba seguridad alguna. Comentamos la situación con un empleado de la agencia y con el mismo director. Les preguntamos de forma más personal, después de cinco horas casi nos habíamos hecho amigos, qué harían en nuestra situación. Dijeron que se arriesgarían porque estaban casi seguros de que no tendríamos dificultad alguna. El director reconocía que carecía de sentido aplicarnos una normativa establecida para los iraníes que tiene por objeto que éstos vuelvan al país. Nuevamente el tipo se enrolló y se puso repetidas veces en comunicación con Inmigración de Teherán. Finalmente al cabo de cinco horas en las que el director y un par de personas de la agencia habían estado dedicados a nuestra historia, obtuvimos los pasajes, sin condición alguna. Porsiacá, llevaríamos una camiseta de Osasuna puesta para sobornar al poli de turno al salir del país. También volveríamos con unas pastas y algún detalle de los que nos quedaban de Osasuna para el personal de la agencia que había vivido la consecución de nuestros pasajes como un éxito profesional.

Después de comer, nos desplazamos al barrio armenio, donde existen unas iglesias ortodoxas y una catedral. Vimos una chiquita y finalmente dimos con la catedral. Después de ver las mezquitas que habíamos visto, su estructura no llamó nuestra atención en absoluto. Sí llamaba poderosamente la atención de los musulmanes la iconografía, que no existe en su religión, y que aparece profusamente en las paredes del interior del templo con escenas del Nuevo y Viejo Testamento. Llamó, también poderosamente, mi atención la conciencia de la diferencia entre la sensación de opresión que uno experimenta ante la iconografía cristiana con su lúgubre iluminación de escenas terroríficas en gran medida que invitan al arrugamiento interior y la sensación de tranquilidad que proporcionan las mezquitas con su iluminación, su amplitud y la visión de los fieles rezando, charlando, descansando, incluso durmiendo tumbados, o disfrutando en familia por el patio.

En el patio había una exposición de las barbaridades del genocidio que llevaron a cabo los turcos sobre el pueblo armenio y del que no sabemos demasiado. Como compensación a la opresión de las lúgubres escenas del viejo testamento y a las fotos del genocidio, nos vimos envueltos por la vitalidad de las chicas de un instituto de Teherán que estaban de visita en Isfahán y se enrollaban, una en especial, con nosotros como persianas, hasta que la profesora les apartaba pretendiendo evitar la contaminación de sus tutorizadas que se burlaban de ella con infinita gracia.

27 de Abril, martes

Por necesidad habíamos cruzado los puentes de Isfahan. No los habíamos disfrutado. Objetivo, disfrutar de los puentes de Esfahan.

Empezamos por el puente Si-o-Seh (298 m de largo y 33 arcos) uno de los más frecuentados y que ya conocíamos. Por la orilla sur seguimos en dirección este por jardines frondosos repletos de gente disfrutando de ellos, bien sentados en familia, bien ejecutando ejercicios en los innumerables aparatos de gimnasia que aparecen salpicados entre arbolado y jardines. El Chubi Bridge es más sencillo a pesar de sus 150 metros y 21 arcos. Finalmente el más hermoso por su estructura, por sus niveles y por cómo la gente disfruta de él, de su vista, del agua o de su galería inferior. Una maravilla. La vuelta la realizamos por la orilla norte que queda al lado del centro de la ciudad.

Luego nos dirigimos a la Plaza. En el camino, al atravesar uno de los muchos jardines de la ciudad que está repletos de gente en la hierba, nos enrollan primero una familia, luego un par de mozos kurdos, uno de ellos vestido con sus atuendos tradicionales y finalmente un grupo de mujeres, que están sentadas con sus hijos. Nos hacemos fotos con ellos. Algunas mujeres son guapísimas. Llama la atención cómo cuidan su rostro, aunque, por otro lado, es la única y pequeña porción de su cuerpo a embellecer al salir de casa. Una vez en la plaza, comemos unos sabrosos preparados de maíz con salsa agria en el jardín pegado al lado oeste y descansamos.

Conseguí hablar con Amparo, mi prima, de quien había descubierto una llamada perdida en el móvil. Supuse el fallecimiento de Teresa y así había sido. Había fallecido el lunes. Habían intentado conectar con mi hermana y no había sido posible. Después de hablar con ella, hablé con mi hermana. Me quedé tranquilo. Teresa había descansado después de casi 103 años y descansarían también las personas de su entorno.

Cuando decidimos atravesar la plaza para visitar la Mezquita Sheikh Lotfollah, descubrimos un grupo de chicas que habían montado el gran jolgorio en el estanque al que habían entrado vestidas. Descubrimos más, se trataba de las chicas del instituto de Teherán que habíamos encontrado en la catedral Armenia. Saqué alguna foto. Una de las profesoras mayores, abriendo su negra túnica con los brazos en cruz, corría a situarse ante mi cámara con la pretensión de evitar que fotografiara el, para ella, supuestamente, bochornoso y para mí delicioso, espectáculo que estaban representando sus alumnas. Aún tuvo luego la desfachatez de venir a exigir que borrara las fotos, mientras por detrás las alumnas decían que era como la policía. Aunque las fotos no valían demasiado, cambié la tarjeta por si acaso la profa, que seguía refunfuñando, llamaba a la policía de verdad y me obligaba a borrarles. Eran unas chicas muy majas. No sé qué será de su futuro, pero su vitalidad y energía eran brutales.

Finalmente accedimos a la mezquita Sheikh Lotfollah. Visitamos el Palacio Ali Qapu y, aunque llegamos un poco tarde, también el Chehel Sotun ubicado en uno de los jardines del oeste de la plaza.

Para despedir el día dedicado a los puentes volvimos a ellos cuando había oscurecido. Los recorrimos de nuevo contemplando su reflejo en el agua bajo un cielo azul intenso al que se sumó la luna.

28 de Abril, miércoles

Iba a ser ya el último en la ciudad. Si al llegar desde Zenoidín, nos habíamos sentido extraños, al cabo de estos días la ciudad nos había ido enamorando y sentíamos que fuese el último día.

Camino a la Plaza quisimos ver los apartamentos de Hasht Behesht. Un apartamento para cuatro salía por 900.000 riales, 67 €, 200.000 más que lo que estábamos pagando y nada que ver con nuestro hotel.

Dimos con una tienda de alfombras sobre cuyo propietario, que hablaba castellano, habíamos leído referencias en diversos foros en el sentido de constituir una cita ineludible para cualquiera que vaya por allí y un punto de referencia para los castellanoparlantes que visitan la ciudad. Hossein Peyghambari es su nombre y su tienda, NOMAD KILIM & CARPET EXPORT está situada en la embocadura de una bocacalle al suroeste de la plaza. Le saludamos. Fue muy amable con nosotros. Nos indicó dónde cambiar dinero y reservó para nosotros por teléfono el Al Haramain en Damasco, algo que nosotros habíamos intentado infructuosamente. Luego vinieron los negocios. Consistieron en una pequeña alfombra de seda para Amparo, otra de los nómadas para Aroa y un bolso, por nuestra parte. Otra alfombra y alguna otra cosilla por parte de Mila y Alfonso. Nos dio la posibilidad de pagar a la vuelta por transferencia. Por más que no estuviese motivado, no me pareció mal la compra. Llevaba peor el volumen de equipaje que supuso, al tener que adquirir dos enormes bolsos que deberíamos acarrear más de la mitad del viaje. Fue pena que diésemos con la tienda el último día y que Hossein tuviese que ausentarse por negocios. Nos hubiese gustado hablar más con él.

Caminando por el bazar, descubrimos unos mocetones con camisetas negras bajo pancartas, negras también, con textos dorados en árabe, ribeteadas en verde. Invitaban, y nos invitaron, a té. Nos dimos cuenta que se trataba de musulmanes chiítas. Más adelante dimos con una curiosa procesión. Una masa de hombres primero, todos de negro algunos con una cinta roja alrededor de la frente, y detrás mujeres, envueltas en luto hasta los pies. En medio unos carritos con altavoces y estandartes. Por las paredes muchas pancartas, todas negras, con frases, salmos o alusiones al evento. Se detuvieron en una mezquita del bazar y accedieron al interior. Un muchacho nos animó a entrar. En el patio vinieron a decirnos que no podíamos pasar de un punto. No estábamos cómodos y optamos por largarnos.

A la salida del bazar nos abordó en castellano un tipo saladísimo que decía parecerse, y se parecía mucho, a Javier Bardem. Se empeñó en mostrarnos un restaurante en el bazar. Como andábamos buscando dónde comer y, aun a riesgo de soportar que nos llevase a ver alfombras, accedimos. Nos condujo a un chiringuito en la parte noroeste del bazar que estaba bien. Por 30.000 riales, 2,20 €, te ofrecen una sopa, que estaba bien; Ub Gosht, una carne de cordero que la pueden sacar entera o en una especie de tortilla, con tomate, alubias y salsa de curry y de postre un yogur. La fumadora del grupo tuvo allí ocasión de probar una shisha o pipa de agua. Demasiado suave, poco chiste, fue su

sentencia. En la sobremesa tuvimos ocasión de contemplar desde un ventanuco de la parte alta del comedor donde estábamos la procesión chiita que proseguía su itinerario por el bazar. Una gran masa compacta recorría cantando la galería del bazar que veíamos desde arriba. Todo era completamente negro. Iban primero los hombres y detrás las mujeres. Les repartían vasos de limonada y un tipo con una especie de sulfatadora a la espalda lanzaba perfume a la masa. Los cantos y los golpes de pecho que se sacudían retumbaban en la galería. Impresionaba.

Despedimos la hermosa Plaza de Eman que quedará en mi memoria como un lugar mágico y entrañable. Contemplándola por última vez se heló mi mirada por un instante ante la negra posibilidad de que un día los supuestos embajadores de la democracia, pudiesen arrasar a aquellos civiles encantadores y aquella plaza sacada de Las mil y una noches.

En la plaza Iman Hosseim encontré un servicio de Internet que funciona muy bien. Puse al día los correos y tuvimos ocasión de descubrir un Oihan que no conocíamos.

Hartos de recurrir al pollo asado y perder descubrimientos culinarios, acabamos cenando en el Shahrzad. Probamos el Fesanjan, pollo guisado con salsa de cerezas y nueces. Pagamos en total 238000 reales, 17'85 €. En general las comidas en Irán no pican, pero tienen un puntito ácido que les va muy bien. Cocinan mucho todos los alimentos. Precisamente a ello se debe la ausencia del cuchillo que no es necesario y no lo ponen. Tampoco ponen cucharillas al servir el té, pues habitualmente se echan a la boca el azúcar en forma de azucarillo o incluso un pedazo cristalizado y van sorbiendo.

29 de Abril, jueves

De par de mañana partimos para Kashan. 32000, 2'40 €/p. En el trayecto cruzamos una zona militarizada en la que pueden verse numerosas defensas antiaéreas que parecen responder más a que la población las vea que a una respuesta efectiva ante la maquinaria de guerra de la actualidad.

Kashan es una ciudad pequeña, bastante menos vistosa y atractiva que Esfahan. Gran parte de ella está en estado tan ruinoso que difícilmente podrán recuperar el conjunto que, además, está salpicado de edificaciones nuevas. Sus mezquitas son hermosas, pero viniendo de Isfahan... Tampoco su bazar y sus calles nos resultaron tan atractivos. Cuenta con unas casas antiguas sorprendentes y perfectamente conservadas, con un hermoso jardín y con unos curiosísimos restos en barro de muralla y ciudadela.

Para nosotros, además, había de servir como punto de partida para visitar Qom. Un viajero no puede asegurar qué ciudad es más bella, entre otras cosas porque está condicionado por su experiencia concreta, pero si cupiese establecer un orden, desde mi experiencia, para visitar las ciudades, aconsejaría empezar por Teherán, continuar por Kashan, Shiraz, Yazd y acabar en Isfahan.

Pretendimos hospedarnos en el Khan-e Ehsan, un hotel que prometía ser otra cucada, pero no habíamos reservado y acabamos en el Sayyah, donde encontramos una cuádruple que estaba bien por 812000, 60€. Los muchachos de la recepción eficientes y atentos.

No resultó fácil encontrar dónde comer cuando llegamos. Por una comida muy justa en un sótano cutre pagamos más que en el restaurante de la última noche de Isfahan.

Fuimos a ver la mezquita Soltaniye que a la vez es madrasa. Luego recorrimos algunas callejas y visitamos la de Agha Bozorg. Más tarde recorrimos el Bazar y nos detuvimos un buen rato ante otra mezquita que servía de aglutinante social a buena parte de los vecinos que allí charlaban o comían dulces. La gente encantadora.

30 de Abril, viernes

Precisamente porque era viernes, decidimos ir a Qom. Salimos andando hasta una rotonda en la que se detienen los autobuses para Qom y pronto pudimos subir a uno. En general los autobuses en Irán son bastante confortables y muy baratos, aunque van lentos. En todos los trayectos reparten un refresco y algún tipo de bizcocho encelofanado. Suelen poner una película, parece ser que la misma, pues nosotros en siete recorridos en autobús repetimos una en cinco ocasiones y otra en dos. En ambos casos la típica pastelada autóctona acabada en boda.

Qom es una ciudad pequeña que vive en torno al mausoleo de Fátima, hermana del Imam Reza, y recibe peregrinos en masa, más en viernes. El Mausoleo se encuentra en medio de un enorme patio de acceso, en principio, exclusivo de musulmanes. Siguiendo recomendaciones, vestimos discretamente y nos dirigimos resueltos hacia el interior. Parecía que habíamos rebasado los controles, cuando un plumero se cruzó en el camino de las chicas que, por más que iban tapadísimas, tuvieron que retroceder, solicitar una capa integral y envolverse.

El interior del patio estaba lleno de gente moviéndose de un lado a otro o situándose en una especie de arcadas que la gente ocupaba para estar, comer o descansar. Todo el mundo se movía con suma seriedad y peleaba por acceder a tocar el mausoleo. Al margen de los Ayatolas y Mullahs de turbante blanco o los descendientes de Mahoma con su turbante negro y sus familias, la mayoría del personal, mayoritariamente femenino, parecía sencillo y de un nivel socio económico cultural no demasiado elevado. La guinda la ponían los encargados del orden que iban continuamente buscando una mujer que dejara al descubierto un centímetro de su cabello para conminarle a cubrirse hasta las cejas señalándole con un plumero de esos de tres colores que venden los chinos que constituían la única nota de color en un sinfín de túnicas talares negras.

Alfonso y yo, sentados a la sombra, observamos. Amparo y Mila accedieron al interior y fueron estrujadas entre lloros y manos que pugnaban por acariciar el mausoleo de Fátima. El ambiente acaba resultando un tanto agobiante. Una vez fuera, picamos algo y dimos una vuelta por el entorno comercial que, como en Lourdes, se ha generado alrededor.

Volvimos al cruce de la carretera general, donde se detienen los autobuses que vienen de Teherán. Varios taxistas, enfrentados entre ellos, pugnaban por llevarnos. Cuando llegó el autobús, nos avisaban para que subiésemos a éste en vez de al taxi de su competidor.

De vuelta en Kashan, cenamos en el hotel. En realidad no está muy desarrollada la oferta gastronómica, sobretudo viniendo del paraíso gastronómico que venimos. Si cualquier habitante de Kashan se asomara a nuestras carnicerías, pescaderías o tiendas de frutas y verduras, alucinaría en colores. En verduras se limitan a las berenjenas, calabacines, cebollas, tomates y pepinos. Carne existe algo de vacuno, pollo y cordero mayor. En todo caso la carne aparece en picadillo o en pequeños pedacitos salpicando verdura, arroz o algún tipo de torta o empanada. Pescado no existe. La fruta se ve limitada a sandías, algún melón y fresas. La escasez no impide sabrosas elaboraciones culinarias con

los alimentos que cuentan. En mi opinión, se lucen con la berenjena. Si, en cambio, pueden presumir de una amplia oferta de quesos frescos de diversa textura y yogures deliciosos sin o con posibles diferentes gustos a hierbas, ajo... Igualmente cuentan con una enorme variedad de frutos secos, destacando los pistachos y diferentes y variados tipos de pasas. También trabajan con numerosos frutos desecados, desde manzanas, limones, melocotón... Tienen buenos helados y una especie de fideos blancos en agua perfumada. Los dulces sabrosísimos.

1 de Mayo, sábado

Salimos dispuestos a cambiar dinero. No seguimos estrictamente las indicaciones del muchacho del hotel, nos quedamos en otro banco anterior al que nos había enviado y dijeron que aún no contaban con el cambio oficial y que volviésemos. Nos dirigimos entonces a las casas históricas. Se trata de antiguas casas enormes, auténticos palacetes, que están bien conservadas y posibilitan soltar la imaginación y hacerse una idea de cómo vivían los poderosos de aquellas tierras hace un par de centurias. Posiblemente no merece la pena ver más de dos. Vimos la de Hammam-e Sultan Mir Ahmad, la de Tabatebey y la de Khan-e Ameriha. Con las dos primeras hubiese sido suficiente. En casi todas las visitas turísticas de todo Irán se viene a pagar una entrada de 5000 r, 040 €.

Volvimos al centro con intención de cambiar. En el trayecto se enrolló con nosotros un muchacho que decía ser profesor de francés. Acabó resultando un pelma y tuvimos que violentarnos para decirle que nos dejase en paz. En todo caso el banco estaba cerrado. Fuimos al que nos habían mandado a la mañana y, aunque estaba abierto y habían estado cambiando, dijeron que ya no cambiaban. En el mismo mostrador, ante los empleados, con quienes parecía unirles una estrecha camaradería, ante el segurata fusco en ristre, y con toda la cara del mundo, dos clientes nos ofrecían cambio con una suculenta comisión. Alucinamos, pero, como íbamos a Teherán y realmente era muy poco lo que necesitábamos cambiar, no tuvimos más remedio que dejarnos caer en sus desaprensivas garras.

Un taxista muy amable nos llevó al Fin Gardens que visitamos junto a un grupo de teólogos aspirantes a ayatolás. El mismo taxista nos recogió posteriormente para dejarnos junto a las casas históricas desde donde queríamos dar con las murallas. Un comerciante nos indicó dónde estaban. Constituyen una muy curiosa construcción de barro. La pena fue que era demasiado tarde y nos abandonó la luz. A la vuelta dimos las gracias al comerciante y éste se empeñó en cerrar la tienda y llevarnos a su casa a cenar. No le permitimos plegar el negocio.

Teníamos la intención de cenar en un restaurante próximo al hotel, cuando Reza se cruzó en nuestro camino. Nos habíamos detenido a contemplar cómo conducían a un anciano imán a la salida de una mezquita cuando nos abordó en un inteligible castellano. Era un tipo fuerte y alto de tez clara, ojos agrisados y voz profunda que rondaría los cincuenta. Vestía con discreta elegancia pantalón y zapato negro y una camisa gris. Dijo que Reza era su nombre y justificó el conocimiento de nuestro idioma por haber residido dos años en Barcelona.

Acababa de cerrar su negocio de pequeño electrodoméstico y se empeñó en que fuésemos a su casa a cenar.

Por una parte resulta extraño que alguien, que no nos conocía, nos invitara a su casa, pero era algo que se había dado con frecuencia, por más que hubiésemos rechazado todas las invitaciones. Suponía modificar nuestros planes, más teniendo que partir al día

siguiente, pero nos brindaba una oportunidad que no podíamos perder, la de ver una casa en su interior y una familia, cómo eran, cómo se relacionaban... En cuanto obtuvo nuestra afirmativa respuesta telefoneó por el móvil a su esposa, nos pidió que esperáramos allí mismo un momento y partió en busca de su coche.

Su casa, situada al sur de la ciudad en una zona que podría denominarse residencial, constaba de una planta con jardín y garaje. Desde el exterior no llamaba la atención, pero, rebasada la puerta, se accedía a un enorme salón rodeado de divanes y revestido de alfombras que denotaba un nivel. Antes de entrar tuvimos que dejar, como ellos, las sandalias en el exterior. Saludamos a su esposa, morena y risueña con su melena negra al viento, a su madre que, originaria de Massad, mantenía el pañuelo y a su hija, una mocetona de unos veinte años que reía continuamente con su madre a una. El hijo llegaría más tarde.

Nos invitó a sentar, nos sirvió agua fresca y nos pidió que le dijéramos qué pensábamos de su país. Le respondimos que no podíamos decir demasiado de su país tras un rápido viaje, pero insistimos en la amabilidad de la gente de Irán. Aprovechamos entonces para decirle que nos haría ilusión saber cómo se vivía en Irán, que veíamos la calle, pero que no sabíamos cómo vivía realmente la gente. Fue como si hubiésemos accionado el interruptor de uno de los electrodomésticos que vendía. Inició una especie de radiografía socioeconómica del país: el sueldo medio está en torno a los 250€ mensuales. Un profesor de primaria viene a ganar también unos 250€. Uno de secundaria 350 €. Uno de universidad 2.500 €. Un obrero viene a ganar unos 12 € al día por 10 ó 12 horas de trabajo. El alquiler de una casa de 60m cuesta 150 € mensuales. Se paga de gas al mes unos 8 €; de electricidad 15 € por dos meses y de agua 10 € por dos meses. 1 litro de leche cuesta 1'20 €. Una consulta de médico 3 €. Una funda de un dentista 15 €. El teléfono es muy barato...

La esposa entre risas, dijo algo en farsi a su marido y éste nos envió a la mesa. No supimos cómo ni cuándo lo había hecho pero nos había preparado una sabrosa cena. Ensaladas, salsas de crema de yogur con menta en la que untar hierbas envueltas en panes sin levadura, un arroz del que sobrevaloran lo tostado del culo, las berenjenas, que no podían faltar y preparan siempre bien, y un guiso de carne. Cuando hubimos dado con todo, salvo la parte que la mamá guardó celosamente para su hijo que aún no había llegado. Volvimos a los divanes para tomar el té y los dulces.

Empezó hablando de su negocio, pero pronto pasamos a hablar de Irán. Mantenía la misma percepción que ya habíamos escuchado a cerca del sistema. Estaba convencido de que el 80% es contrario al sistema. Decía considerarse religioso, pero abierto y no practicante. Afirmaba que para él Dios era el bienestar, la familia, el respeto, la honestidad... No estaba de acuerdo con las imposiciones de tipo religioso y consideraba necesario un estado democrático y laico sin la tutela religiosa, pero con respeto a todas las opciones. E, igual que otros, participaba de la sensación de que las cosas iban a ir a mejor, pero como si fuese algo que se iba a hacer patente merced a las ganas o ilusión.

Salió el tema de la actitud de Occidente y no pareció que le preocupara demasiado. A pesar de ser contrario a sus dirigentes, consideraba lógico que ellos, como cualquier país, enriqueciesen uranio y contaran con plantas nucleares. Manifestaba estar contra el armamento nuclear, pero también mantenía que era su derecho y que en todo caso no eran los americanos u otros que tuviesen armas nucleares quienes tenían derecho a poner trabas.

Escuchándole tuve la sensación de encontrarme ante un tipo bueno, muy bueno, que funcionaba con parámetros absolutamente racionales de sentido común, pero que desgraciadamente no era consciente de que vivíamos en un mundo impúdico. Un mundo en el que su sistema de dictadura religiosa no iba a cambiar por sus ganas o esperanzas y que la

hipócrita e injustificada agresión occidental a su país, sostenida por el Imperio y los nazis judíos próximos a sus fronteras, no iba a permitir su desarrollo.

Cuando hubo cenado el hijo, que había llegado mientras charlábamos, la abuela se retiró. Aunque estábamos muertos de sueño, decidieron enseñarnos un juego de cartas y allí se tiraron los cuatro sobre la alfombra a jugar a limpia carcajada. Era una especie de chinchón. Realmente se percibía una relación especial entre los padres y los dos mocetes que rondarían los veinte o veintidós. Estaban riendo entre ellos todo el tiempo y se mascaba una gran complicidad. Nos pareció una insólita relación que ni siquiera los de nuestra generación habíamos vivido así con nuestros padres. Habría que tener en cuenta que aquella familia contaba con un estatus económico alto, que los mocetes tenían sus estudios... No sé si en la mayoría de las familias es habitual una relación padres e hijos similar. A eso de la una el hijo nos llevó con su coche al hotel. Encantadores.

2 de Mayo, domingo

El mismo taxista que nos había llevado al hotel vino por nosotros de par de mañana para conducirnos a la terminal, donde tomaríamos el autobús a la capital. Pasado Qom la autopista no tarda en adentrarse en zonas más o menos urbanas. Dejamos a nuestra derecha un complejo religioso, aún en construcción, en memoria de Jomeini. En el peaje de la autopista observamos un control en el que revisaban los camiones en busca de refugiados afganos y tenían a unos cuantos detenidos. Rebasamos el aeropuerto que quedó a nuestra izquierda y alcanzamos el sur de la capital.

Teherán es una ciudad enorme de más de 14.000.000 que resulta un brutal caos de circulación. Fuimos a caer en manos del taxista más caradura de los miles que habrá en Teherán que nos llevó al Naderi, un hotel decadente, agradable y bien situado, que habíamos reservado desde Kashan. Pagamos 400000 r, 30€, la doble. Las pegos son que el recepcionista es un cachondo poco amable y nada eficiente y que el ruido de la circulación, como en cualquier otro lugar céntrico, es insufrible.

El tráfico en Teherán es una pasada. Si en todo Irán el tráfico es un caos y cruzar una calle comporta un riesgo, en la capital donde las calles son más anchas y no tienes que sortear uno o dos vehículos, sino cuatro o cinco que vienen a toda velocidad sin la menor intención de permitir que pases, las cosas se complican seriamente. Se complican tanto que un viajero reconoció haber tomado un taxi para cruzar de un lado a otro de una gran avenida. Al leerlo sonríes, pero estando allí, puedes entender que alguien llegue a hacerlo. Nosotros haciendo bulto al ir cuatro, teníamos que correr y corríamos en ocasiones serio riesgo de ser arrollados.

Recurrimos nuevamente al pollo en un local junto al Naderi y nos encaminamos al Museo. Es un museo sencillo, con piezas muy seleccionadas fundamentalmente de la época gloriosa de Persia. En la puerta hay una copia del Código de Amurabi robado por los franceses que mantienen con toda su cara en el Louvre.

Nos detuvimos en una autodenominada pizzeria, a aquella hora reconvertida en bar-tetería. Mientras apurábamos el té, observamos que varias mujeres que discretamente accedían a una especie de reservado. Las chicas, que no perdían una, se empeñaron en ir a investigar de qué se trataba y entraron. Alfonso y yo, tras pagar, nos dirigimos igualmente al interior. La chica que servía puso cara de asombro. Pregunté si podíamos entrar. Dudó. Hizo un gesto con la mano que interpreté como un "allá vosotros, haced lo que os dé la gana". Nada más entrar nos dimos cuenta que no era nuestro sitio. Un mogollón de mujeres,

sin velos gritaba y aplaudía. Se trataba de una reunión de un nutrido grupo de mujeres. Amparo y Mila se quedaron y nos citaron para hora y media más tarde. Se trataba de mujeres, no demasiado jóvenes, de diferentes edades que supuestamente tenían una especie de reunión. Tenían el denominador común de tratarse de gente que estaba por el cambio, por poder ir cada una como le diese la gana y sin velos impuestos. Nuestras dos neskitas tiraron velos, bailaron y enseñaron las garras entre aplausos y saludos efusivos. Salieron encantadas del encuentro. Posiblemente eran un grupo femenino. En todo caso la mujer en Irán está más integrada socialmente que en cualquier país de su entorno. La imposición del velo es algo significativo que evidencia la imposición de una dictadura religiosa.

Alfonso y yo nos perdimos en un parque aislado del tráfico para volver puntualmente a la hora establecida. Recuperadas las neskitas, nos dimos un prolongado paseo por las ajetreadas calles de Teherán hasta llegar al Bazar. El de Teherán es un bazar extenso, organizado por productos y con mucho ajetreo auténtico.

3 de Mayo, lunes

Por la tarde habíamos de abandonar Teherán. Cambiamos algo de dinero sirio para la llegada y partimos en dirección este en busca de una gruesa y salvaje avenida donde satisfacer el morbo observando alocadas carreras de peatones. Pero nos metimos en una zona militar, luego cambiamos el rumbo al norte en dirección a una montaña nevada que asomaba tras elevados edificios y acabamos en la zona de la Universidad, una zona con otro aire, librerías, tiendas de arte...

Después de comer, un taxi nos llevó al aeropuerto donde, para variar, volvimos a tener un bronca con el taxista, que no era tal, sino un amiguete del muchacho del hotel que hacía el servicio con su coche. El recepcionista nos había dado un precio y el tipo nos pedía cuatro veces dicho precio. No lo que pagamos lo que pretendía, pero más de lo acordado y tras una desagradable bronca.

Aunque el control de salida del aeropuerto fue exhaustivo y extremadamente lento, no tuve que deshacerme de la camiseta de Osasuna con el nombre de Neokouman y echar mano de la de repuesto que iba en la mochila.

Así abandonamos Irán, un país agradable que nos pareció hermoso, y con un nivel de educación y desarrollo bastante más elevado que el de su entorno. Nos gustó Shiraz, nos enamoramos de las calles de Yazd y alucinamos en Esfahan.

Principalmente nos sorprendió y encantó la gente, sin duda, lo mejor del país. Como conjunto, comparativamente con otros países que hemos visitado, son mucho más agradables que en cualquier otro país. No sería correcto decir que son mejores, todos tendrán su parte, mayor o menor de bondad, y sin duda habrá malvados entre ellos. En general nosotros los percibimos más hospitalarios, más amigables, más adictos a la conversación y comunicación, ajenos al estrés, más honestos, respetuosos con la palabra dada... Posiblemente nos sorprendió la persistencia social de valores, que supuestamente existieron en nuestra tierra y que están en franco retroceso en las sociedades que se autoproclaman civilizadas y desarrolladas. En cuanto a la política interna es claro que sufren una espantosa dictadura religiosa, pero han de ser ellos quienes la hagan desaparecer y dar paso a otro tipo de situación, donde cada uno viva su religión como quiera y donde la juventud pueda respirar y perseguir ilusiones. Me temo que no será fácil y que,

en todo caso, los enemigos externos intentarán manipular la situación, no para desarrollar el país sino para controlarlo.

La necesidad absoluta de cambio radical y desaparición de la dictadura, nada tiene que ver, ni puede justificar la hipócrita presión internacional orientada a que no acceda al ámbito nuclear de las centrales que tiene todo el mundo. Incluso, por más que sea una salvaje aberración el desarrollo de armamento nuclear, no tienen derecho a impedirlo mediante sanciones o amenazas de guerra, precisamente, quienes cuentan con armamento nuclear como Israel, EEUU, Inglaterra, Francia...

El asunto es serio, demasiado y nos atañe. Algo tan simple como que los países que acumulan un desorbitado armamento nuclear no son precisamente quienes cuentan con derecho a oponerse a que otro país intente emularles mínimamente, es algo que cualquier persona racionalmente normal entiende si se detiene a pensar. Sin embargo, gracias a la maquinaria mediática, en todo el mundo occidental, sin racionalizarlo, estamos asumiendo que los iraníes son unos desalmados por querer desarrollar centrales nucleares y porque, como son terroristas nefandos, están detrás de enriquecer más el uranio y llegar a conseguir armas nucleares. En nuestro país se dan prácticas parecidas.

Ninguna voz racional aparece en los medios diciendo que ningún país tiene derecho a intentar conseguir armamento nuclear, pero muchísimo menos a desarrollarlo y mantenerlo en asombrosas cantidades. Occidente, nuestros parientes vecinos amigos, traen a la memoria la irracional y enfervorizada Alemania de los años 40 del pasado siglo a la que decimos no comprender cuando la vemos jaleando al Führer.

El aeropuerto, hermoso y bastante nuevo, estaba tranquilo. No parecía que hubiese muchos vuelos. Nuestro avión era nuevo y el vuelo, a pesar de la cercanía, acabó siendo de casi tres horas, debido a la imposibilidad de sobrevolar espacio aéreo iraquí. No observamos el desquite de velos que esperábamos, pero sí un mullah manejando su pequeño harén.

Un taxi colectivo organizado desde la estación nos llevó al hotel. El Alharamain.

El Alharamain es un hotel mochilero de Damasco en el que recalcan muchos viajeros. Está perfectamente situado en el cogollo de la ciudad. Quienes lo llevan, Abdulla en especial, cuentan con la salada y aguda retranca en su conversación de la que presumen los damasquinos, además de ser muy eficientes y facilitar muchas cosas. Cuando entras, subes por la escalera desplomada y crujiente y observas el decorado, te preguntas si estás en el hotel o te has colado en la absolutamente destartalada casa colindante. Cuando sales, aun consciente de no haber estado en un cinco estrellas, sientes abandonar un entorno agradable.

Las chicas preguntaron dónde estaban las duchas. Abdulla respondió que en aquel hotel no había duchas y que dos veces por semana venían con un microbús a llevar a las mujeres al baño. Fue tan ágil y serio en su respuesta que la carcajada tardó varios segundos en saltar.

Nos adjudicaron una habitación de cuatro camas en la última planta, 2000 SYP, 31 €. Nada más instalarnos aparecieron dos tipos por la escalera. Uno de ellos descubrió la camiseta de Osasuna, que aún no me había quitado, y empezó a gritos. Resultó ser de Iruña. Casualidad.

4 de mayo, martes.

Descansados, desayunamos tranquilamente en la terraza del hotel antes de echarnos a la calle. Como habíamos cogido gusto al avión, lo primero que hacemos es comprar un vuelo a Deirzur que sale por 35€. Era cinco de junio, sábado, nuestro primer día en Damasco, una ciudad con enorme vida y ajetreo. Paramos en una agradable tetería, antes de entrar al Bazar de Damasco por la galería cubierta del lado norte que recorrimos hasta las ruinas romanas que dan paso a la Mezquita Omeya.

También las chicas tuvieron que involucrarse en un atuendo talar para acceder a la Mezquita. Lo que más impresiona, sin duda, de esta mezquita es su extenso patio con un frente y una galería lateral con diversos conjuntos con mosaicos dorados y su fuente de abluciones. La enorme sala de oraciones tiene forma rectangular y en su interior se pueden contemplar curiosas estampas que llaman la atención. A mí me sedujeron más las que se desarrollan constantemente a lo largo y ancho del patio. En su extremo noreste se encuentra la sagrada tumba de Hussein, hijo de Alí, objeto de constantes peregrinaciones de iraníes chiítas, con una de las cuales coincidimos. Ver con qué fervor guerrero cantan, se autogolpean y lloran, no solo te alucina, sino que impresiona. En un momento coincidió su ardoroso canto con la oración del almuecín de la mezquita y vinieron a llamarles atención.

Retomamos el recorrido por el bazar pero rápidamente decidimos que había que comer y nos desplazamos a la zona sur de la mezquita entre ésta y calle recta, donde hay varios restaurantes. Entramos en uno al azar. Era un restaurante agradable, bien decorado y elegante, frecuentado principalmente por grupos de turistas. No era barato, 2950 SYP, 45 €, pero, al ser bufet, ofrecía la posibilidad de degustar numerosas elaboraciones distintas. Como suele ser habitual, los mezze o primeros eran sabrosos, siendo las berenjenas en diversas formas las que se llevaban la palma, las carnes y pescado no valían demasiado y los lácteos y postres eran una pasada.

Repuestos, salimos nuevamente hacia la calle recta y continuamos hasta el barrio cristiano por cuyas callejas nos perdimos volviendo pausadamente hasta acabar en la tetería, pegada a la muralla este de la Mezquita.

Antes de dar con nuestro cansancio en el hotel, nos detuvimos, como no podía ser de otra manera, en el puesto de zumos. Como tampoco podía ser de otra manera, dudamos entre el plátano con leche o el mixed de frutas. 25 SYP, 0'40 €. De medio litro. No como siempre, pero como casi siempre, salimos de dudas optando por uno tras otro, dos medios litros que luego habían balancearse en el estómago en la desplomada escalera del Alharemein.

5 de mayo, miércoles.

De par de mañana pretendimos ver la Ciudadela, pero estaba cerrada por obras. Optamos por el museo que nos gustó, aunque tenía varias salas cerradas en el lado este. No obstante al vernos sólo cuatro y, supongo, con careto de adultos intelectuales, nos mostraron la Sinagoga y una sala con sepulcros traídos de Palmira.

Queríamos paladear la cocina del país y, siguiendo los consejos de Iokin, nos dirigimos al Erenaj. Nadie sabía inglés y la carta era completamente ininteligible. Un camarero bajo del cielo, pareció entender a qué habíamos ido y nos sacó de nuestra desolación. Empezó a servirnos un suculento menú de degustación realmente sabroso y rematado con una deliciosa pastelería. 2900 SYP, 44'75 €.

A la salida intentamos inútilmente ver la Catedral Ortodoxa. Decidimos entonces ir a los altos barrios encaramados a las rocas del monte Causin. Nos habíamos quedado con su imagen el atardecer del día anterior. Un taxi nos dejó en un zoco prolongado que recorre la montaña a media altura. De allí entre callejas empinadas fuimos ganando altura hasta llegar a las últimas viviendas asentadas en la misma roca y a escasos metros de lo alto del monte. Desde allí la vista de Damasco es espectacular.

Una anciana asomó desde su humilde vivienda y nos invitó a mirar desde su terraza. Hicimos alguna foto a sus nietos y nos hicimos una con ella. Se empeñó en hacernos entrar a su casa. Nos descalzamos y accedimos. Curiosamente se estableció una cálida comunicación por encima de sus palabras en árabe y de nuestros intentos que se reducían a meros gestos. Cuando le dijimos que tenía unas alfombras muy bonitas y le hicimos el gesto de que valen dinero, ella sonrió con picardía, repitió el gesto de dinero y golpeó sus manos en una palmada corrida queriendo decir que no importa el dinero y que éste es para gastarlo. Repetía España, Siria y giraba las manos significando que todo es lo mismo. Envió a su nieta a que nos trajera una especie de bizcocho envuelto en celofán. Le dimos unas pastas que habíamos comprado. Mandó entonces a su nieta a por helados. Insistía en que nos quedáramos pero tuvimos que ir, pues el sol había caído y el hotel estaba a varios kilómetros.

Con aquella mujer primero en la terraza y luego en su humilde cuarto de estar, sin mediar palabras y sólo con ojos, miradas y meros gestos establecimos una comunicación realmente asombrosa. Ella supo que nos habíamos interesado por su barrio, tanto como para acceder a pie. Supo que nos asombrábamos de cómo las casas estuviesen construidas sobre una laja tan inclinada. Supo que nos admiraba la vista de Damasco que veía desde su terraza y la ciudad como tal. Supo que éramos de España y supo quienes componíamos una y otra pareja. Supo que nos parecieron guapos sus nietos. Supo que unos de nosotros también teníamos nietos. Supo que nos parecía hermosa su casa, así como su cuarto de estar. Supo que valorábamos su alfombra. Supo que sentíamos la pérdida de los seres queridos que señaló en las fotos. Supo que agradecíamos lo que nos daba. Supo que habíamos estado muy bien con ella, pero que, aun con pena, nos habíamos tenido que ir. Supo muchas cosas más.

Nosotros supimos que estaba orgullosa de su casa, de la vista desde su terraza y de su ciudad. Supimos que aquellos eran sus nietos y que tenía dos hijas. Supimos que había perdido seres queridos. Supimos que estaba muy a gusto con nosotros y que agradecía las pastas. Supimos que para ella no eran importantes las fronteras y que las gentes de España y Siria pueden ser similares. Supimos que hubiese querido estar más tiempo con nosotros. Supimos muchas cosas más.

Dominar el mismo idioma nos hubiese aportado más, sin duda. Hubiésemos sabido cuántos esfuerzos le había costado aquella casa y cómo se apañaba para subir y bajar con la compra. Hubiésemos sabido dónde estaban sus hijas y si sus seres queridos habían fallecido en la guerra contra Israel. Hubiésemos podido saber cuánto exactamente le había costado la casa o la alfombra. Hubiésemos sabido qué pensaba del régimen político de su país y cómo vivía su religión. Incluso, si hubiese sido el caso, sus gustos de cine o literatura. Hubiésemos podido saber muchas cosas más, sin duda. Pero la comunicación importante y vital había tenido lugar sin una lengua común. Pienso que la lengua es algo de suma importancia, pero pienso también que existen actitudes vitales fundamentales que están en la base de la comunicación y que, aun cuando no existe un la lengua común, puede existir una comunicación satisfactoria.

Fue una pena que no contáramos con tiempo de entretenernos en el prolongado y bullicioso zoco que corta a media altura el monte Caussin.

6 de mayo, jueves.

Habíamos quedado, por mediación del hotel, al punto de la mañana con un taxi para solicitar el permiso de acceso a los Altos del Golán y partir hacia allí por 2.700 SYP, 42 €. Al llegar a solicitar el permiso nos enteramos de que en el Ministerio de la Guerra, donde facilitan el permiso, no trabajaban aquel día por ser la fiesta de los Muertos por la Patria. Nos tiramos de los pelos puesto que era jueves, el viernes no trabajan y el sábado partíamos. Negociamos con el taxista y acordamos que nos llevara a Bosra por 4000 SIP, 62 €.

Con un sol espléndido recorrimos en dirección sur la amplia y fértil llanura hasta casi la frontera con Jordania. El teatro romano de Bosra es impresionante por su tamaño y lo bien conservado que está. Es una maravilla. En torno a él quedan también numerosos restos de la ciudad romana que nos parecieron muy elegantes pero que no están muy cuidados ni explotados, pues se han centrado en el teatro.

De nuevo en Damasco salimos en busca de una librería y con la intención de saludar a Wassim, un muchacho sirio que tiene montada en España una agencia de viajes. Con él había viajado Maite quien me había facilitado el contacto. Pretendíamos que nos hablara de Siria.

No dimos con el libro que perseguíamos, pero sí con la calleja de artesanías pegada al Museo por el lado este y el puesto que regenta la madre de Wasim. También estaba él. Saludamos, nos invitó a un té y hablamos de Siria. Recuerdo su insistencia en que su país constituye una sociedad laica. También la referencia a un desarrollo económico relativo en el que, aunque existía paro, era difícil compararlo con Europa, al tener una estructura social distinta con clanes familiares amplios... Hizo patente también que se trataba de una sociedad con fuerte mayoría musulmana de diversas ramas, además de otras religiones minoritarias. Me pareció curioso cómo la justicia para diversas cuestiones, herencias, divorcios..., funciona en orden a la religión de cada uno. Otro elemento importante en Damasco y en el país lo constituía la fuerte presencia de refugiados palestinos, de 1948 y de la guerra con Israel.

Al atardecer nos dirigimos a descubrir las calles modernas en el entorno de Cham Palace. Observamos el tipo de tiendas y el tipo de gente que abarrota esta otra realidad que mira y pretende emular a occidente. En una plaza al final de la peatonal Sharia Salihiyya nos tiramos el gran rato dedicados a mirar.

7 de mayo, viernes

Era nuestro último día en Damasco. Partimos pronto en taxi a la mezquita dedicada a Zeinab, nieta del Profeta. Sin llegar a la suntuosidad de la del hermano de Siraz o al fervor multitudinario de la de Fátima en Qom, contaba con un buen número de fieles que acudían a rezar y a tocar el sagrado mausoleo.

A la salida pretendimos tomar un té en aquel barrio y acabamos con unos palestinos en una tetería decorada con las banderas y estandartes del Barça. Alfonso, blaugrana de cuerpo, alma y, sobretodo, corazón, se deshacía de gusto. Tomamos té, jaleamos a Messi y auguramos todos los fracasos al Real Madrid.

De allí partimos hacia el barrio palestino, levantado en 1948. Actualmente es un barrio humilde sin ningún tipo de connotación especial. Paseamos por un prolongado zoco.

Justamente cuando los efluvios de las carnes estaban a punto de tumbar a Alfonso envuelto en su camiseta de Messi, los carniceros entonaron el himno del Barça y se vino arriba lleno de emoción.

Resulta sorprendente el poder del fútbol y su universalidad. La pasión existente por el Barça es, sin duda, mayor que otra cualquiera y, al menos en estas tierras, muy superior a la del Real Madrid que aunque existe, y muy patente en personas concretas, aparece en número menor que la que despierta el Barça. Cualquiera en cualquier calle, plaza o zoco con una camiseta del Barça puesta, es interpelado cada tres o cuatro metros. Alfonso, acostumbrado a ser jaleado e interpelado continuamente, alucinó cuando una señora, de las que van completamente tapadas, se detuvo ante él, vestido con la camiseta de Messi, y, desde el otro lado de su negro velo, le espetó: "¡Barça!", al tiempo que ejecutaba el gesto de triunfo elevando el pulgar.

Aunque mis compas se empeñaron en que se debía a mi exagerada afición por saborear la cocina autóctona, y en especial los dulces, yo pienso que fue más bien debido a la suma de dos comidas serias y un copioso desayuno. Tuviere quien tuviese la razón, sufrí un serio atasco curiosamente con descomposición, como síntoma. Un día sin comer y como nuevo.

8 de Mayo, sábado.

Abdula salió a despedirnos con un zumo y unas naranjas. Un taxi nos llevó al aeropuerto. Tras reiterados controles, posiblemente por dirigirnos a territorio kurdo y próximo a Irak, tomamos el avión a Deirzur. Nunca había visto un avión tan chiquito. Era como un microbus con siete filas de cuatro asientos y una puerta delantera que daba a la cabina del piloto.

El vuelo duró menos de una hora. Fuimos sobrevolando desierto hasta que apareció Deirzur a orillas del Eufrates. Desde la altura pudimos ver perfectamente la nítida separación entre tierra cultivada y desierto.

Un taxi nos llevó al Hotel Ziad, un hotel de turistas más convencional y también más caro 2350 SYP, 38 € la doble. Deirzur es una ciudad con mucho ambiente. Descubrimos calles con mucho ajeteo, mujeres envueltas en pañuelos blancos y hombres con su habitual palestino rojo. Como en todas las ciudades, la calle es un mercado.

Continuamente nos preguntábamos cómo podía ser que hubiese tal ingente cantidad de comercios o puestos de compraventa. Es comprensible que en ciudades con gran población y costumbre de centrar las compras en un bazar, éste reúna gran número de personas. Es igualmente comprensible que poblaciones relativamente pequeñas reúnan los intercambios comerciales de un área geográfica. Pero, aun teniendo en cuenta todo, no salen las cuentas, ni de lejos. El volumen de compraventa es elevadísimo y sobrepasa exageradamente en cifras nuestros parámetros. Posiblemente la explicación resida en la huella que dejaron los fenicios. Se trata de la cultura del comercio.

Nos dirigimos a la estación de microbuses, una inmensa explanada llena de furgonetas. Cuando manifestamos que queríamos ir a Dura Europos, un tipo nos atrapó y nos condujo a una oficinita. En ella dos individuos, que dijeron ser policías, solicitaron nuestros pasaportes y concienzudamente anotaron todos nuestros datos.

El viaje fue relativamente rápido por más que íbamos en una furgoneta destartalada, 100 SYP, 1'5€/p. De repente se detuvo en un llano tórrido y descampado. El

conductor señaló unas ruinas lejanas y dijo: Dura Europos. Nos vimos bajo un sol abrasador caminando por una carreterita asfaltada en medio de un desierto completamente plano en dirección a un lejano lienzo de muralla cortado por el arco de una puerta. En la medida que nos fuimos aproximando, la ruina diminuta fue tomando altura y el calor haciendo mella en nosotros.

Antes de entrar en una casetita muy pequeña un muchacho cobra la entrada 75 SYP, 1'15/p y ofrece un té que apuramos en la puerta.

Dura Europos es un conjunto que comprende un entorno amurallado en forma de arco que contiene en su interior diversas ruinas: un palacio, algunos templos y una enorme fortaleza erguida sobre el Eufrates que discurre bajo el acantilado. Posiblemente la visión del Eufrates desde lo alto es lo más espectacular. Nada más plantear Amparo la posibilidad de bajar y darnos un baño, descubrimos a nuestro lado al muchacho de la puerta asegurándonos por señas que se podía bañar. Iniciamos el descenso y se apuntó a bajar con nosotros. Se las prometía felices admirando evoluciones femeninas en aguas del sagrado Eufrates. Quedó estupefacto al ver lanzarse al agua a Amparo y luego a Mila, completamente vestidas. Fresquitos, visitamos la fortaleza y el conjunto. De vuelta hacia la carretera nos detuvimos un rato con un pastor que conducía su rebaño al río, toda una imagen bíblica. La inmediatez de la frontera de Iraq me llevó a pensar en las gentes similares a aquel pastor que a escasos kilómetros de allí, sin enterarse de nada, habían sido barridos por la guerra. Nadie ha llevado aún ante los tribunales internacionales a los responsables de ese inacabado e incalculable cúmulo de muerte y sufrimiento.

Sin haber alcanzado aún la carretera general se detuvo una nueva furgoneta que nos devolvería a Deirzur mientras bajaba el sol. Apretujados e incómodos, emprendimos la vuelta. A lo largo de todo el trayecto se podía contemplar a aquellas gentes hablando en grupo, tranquila y cómodamente en las puertas de las casas, bajo árboles o en los lugares más insólitos. Pensé que ese tipo de relación, que ha existido en nuestra tierra, más en la Ribera, hasta mediados del pasado siglo, es un valor muy significativo que el denominado progreso occidental se ha tragado.

9 de Mayo, domingo

Habíamos alquilado, a través del hotel, un taxi que nos llevara a Halabiyya. 1500 SYP, 23 €. Tras degustar las deliciosas mermeladas del desayuno en el Ziad, emprendimos la ruta.

Halabiyya es una fortaleza, mejor las ruinas de una fortaleza, construida en lo alto de una montaña que aparece amurallada, también en forma semicircular sobre el Eufrates, de manera que no pude ser atacada por la parte de atrás al estar en un alto y protegida por la muralla.

Subimos hasta lo alto. Cuando descendimos el taxista, que nos estaba esperando. Emprendimos el regreso. Pero a pocos metros de allí una familia de beduinos estaba ordeñando un rebaño de ovejas junto a su haima. Le dijimos al taxista que parara y descendimos.

Un muchacho joven y algunos mocetes habían agrupado el rebaño, colocado las ovejas en dos filas enfrentadas y atado las cabezas de manera que a cada lado aparecía una fila de traseros de ovejas. En un lado una señora y en el otro una muchacha recorrían la fila con una caldero ordeñando. Nos detuvimos un rato con ellos. Amparo intentó, sin demasiado éxito, ordeñar. Nos acercamos a la haima donde había algún pequeño más y un chiquitín en la

cuna. La madre era una cría. La escasez de recursos considerable. Pensé lo durísima que era la existencia para aquella cría que contaba con varios hijos en aquellas condiciones. Pensé también en la vulnerabilidad de aquella gente.

Volvimos al taxi y emprendimos la vuelta. Amparo empezó a buscar la carterita de cambios en la que aseguró había separado el pago del taxista, justo antes de detenernos junto al rebaño. Como no aparecía, le dijimos al taxista que diese la vuelta a ver si se había caído al bajarnos del coche. Volvimos, miramos, nada. Proseguimos la marcha. Amparo dijo que, aunque no podía asegurarlo, estaba convencida de que el taxista, que en un momento había vuelto al taxi, había tenido que coger la cartera.

El taxista, ajeno a nuestras conjeturas, se empeñó en parar a saludar a unos parientes que tenía. En cualquiera otra ocasión nos hubiese encantado, pero en aquel momento, no teníamos demasiada ilusión, pero tampoco nos opusimos. Al llegar el dueño de la casa se acercó al coche y el taxista se levantó a saludarle. Yo, que iba a su lado, observé su pantalón a ver si se dibujaba en el bolsillo la forma de la carterita. Nada. En aquel instante se me ocurrió levantar una especie de alfombra de su asiento y allí estaba el cuerpo del delito.

La gente de la casa, el señor, su mujer y todos los hijos y sus mujeres fueron muy amables con nosotros. Tomamos un té, les hicimos fotos... Pero, cuando pasamos a la parte de atrás de la casa a ver el ganado, el taxista descubrió que le habían sustraído lo robado.

Durante todo el recorrido de vuelta, completamente al contrario que a la ida, no abrió los labios y se limitó a conducir. Llegados a Deirzur, como ya le había dicho yo antes que queríamos ir al banco, detuvo el coche en la puerta. Yo le di los billetes que había sacado de la cartera y le dije que estaba muy mal lo que había hecho. Él se hacía el loco y decía que no había hecho nada. Insistí. Cuando fui a abandonar el coche, me dijo que no le había dado el dinero. Tome los billetes los conté y efectivamente había 1450 en vez de los 1500 que yo pensaba que había. Entonces Amparo aclaró que había un billete de mil otro de 500 y varios más. Entonces comprendimos que había sacado al menos el de 500. Le di el de 1000 y le dije que valía. Fuera del coche se puso a chilar. Yo también. Habló de ir a la policía y dije que bien, que íbamos a la policía. La gente empezó a mirar y a arremolinarse. Se acercó un señor algo mayor y con aire de autoridad preguntó qué pasaba. El taxista explicó en árabe su versión y luego yo relaté lo que había pasado. No supimos que le dijo. Le agarraba una especie de pellizquitos en la mandíbula. Parecía que le estuviese diciendo "¡Qué bribón! Más vale que cojas lo que te ofrecen y te largues corriendo si no quieres que te salga peor la jugada". El taxista calló, puso cara de niño bueno pillado in fraganti y fue al coche. Aún desde lejos nos invitaba a su casa a comer el queso que, con seguridad, con nuestro dinero, había comprado a los beduinos de la haima.

No había acabado mal la historia, pero siempre se queda mal cuerpo cuando te tienes que violentar para discutir. No era una cantidad excesiva de dinero realmente, pero hubiese cogido la cartera igualmente con todo nuestro dinero, el pasaporte o lo que hubiese contenido. Posiblemente debimos haberlo dicho al hotel, pero tampoco sabíamos muy bien qué consecuencias iba a tener para él y su familia. No lo hicimos. En situaciones en que desconoces leyes, normas y prácticas, medir las consecuencias es difícil. No sé si actuamos correctamente.

Satisfechos de la comida en el Latakia, 1200 SYP, 19€ los cuatro, descansamos en el hotel antes de ir al otro lado del Eufrates, disfrutar del puente y recorrer luego el zoco de la ciudad que curiosamente en la tarde noche aglutina un tipo de gente diferente del de la

mañana, cuando reúne compradores del ámbito rural. Quedé con ganas de disfrutar relajadamente de las mañanas de ambiente rural en el zoco de Deirzur.

10 de Mayo, lunes.

Por la mañana tomamos el autobús a Palmira. Ni el autobús era como los de Irán, ni el servicio se parecía. No había tentempié y, aunque velaban por la hidratación de los viajeros, en vez de un refresco a perforar con la pajita, pasaba el muchacho ofreciendo agua en vaso de plástico con una garrafa amarillenta de plástico también.

Cruzando desierto, nos presentamos en Palmira. El Ishtar Hotel es acogedor, cuenta con un comedor que permite escapar del tórrido exterior, una especie de bodega agradable y una gente, Ismail, bastante enrollada en la recepción. 1800 SYP, 27 € la doble.

Comimos en el mismo hotel y, desafiando el calor, nos lanzamos a las ruinas. Palmira es impresionante. Yo siempre que he visto ruinas romanas, por muy bien conservadas que estuviesen siempre se trataba de elementos arquitectónicos más o menos sueltos. Encontrar una avenida larguísima con sus columnas, sus templos, su teatro, su ágora, su... todo ellos en una amplísima extensión posibilita mediante un pequeño impulso imaginativo sentirte en una ciudad viva y en pleno funcionamiento. Sólo en Pompeya había experimentado una sensación similar.

11 de Mayo, martes.

Tocó madrugar. Era el día idóneo para sentir la aparición de la luz en la soledad de las ruinas. A las cinco, en silencio y envueltos en la tenue luz del amanecer, estábamos sintiendo la Palmira de hace veinte siglos. Fue una experiencia agradable. Volvimos a desayunar y nos reunimos con Alfonso y Mila para visitar el Templo de Bel. Es magnífico, pero rodeados de grupos de turistas, acaba siendo otra historia.

Después de comer nos dirigimos al Sahara Café para coger el bus que nos llevaría a Hama. La mala fortuna hizo que éste viniese de Deirzur ya lleno y nos quedáramos sin plaza. Nos movimos con otro taxi a una supuesta estación de furgonetas en la que sólo había una que partía inmediatamente para Homs, donde deberíamos cambiar de estación y tomar otro nuevo transporte a Hama. No era cómodo, y menos con el desmesurado equipaje que habíamos ido acumulando, pero era la única opción.

Tras un viaje agitado llegamos a Hama al oscurecer para alojarnos en el hotel Hama, un hotel renovado, situado en una tercera planta al que sólo era posible acceder mediante un ascensor. El Hotel Kairo, que habíamos pretendido reservar estaba lleno, aunque teníamos reserva para el siguiente día.

A pesar del cansancio, dimos una vuelta para ver alguna de las enormes y curiosas norias que recogen el agua del río para elevarla y verterla al arranque de un acueducto. Tuvimos la suerte de que un señor nos franquease el paso a la base de una de las grandes norias del centro. Celebraban fiesta en la ciudad y eso hacía que el centro estuviese muy concurrido. Nos resultó muy agradable.

12 de Mayo, miércoles.

Nos mudamos al hotel Kairo. Es más barato, 1600 SYP, 25 € la doble, y agradable que el que estábamos y cuenta con un tipo de gente en la recepción mucho más eficiente

con viajeros. Hecho el traslado, salimos a pie dispuestos a recorrer todas las norias de la ciudad.

En el norte admiramos tres norias situadas a ambos lados del río. Siguiendo éste, volvimos a encontrar las del centro de la ciudad y otras a ambos lados de la corriente antes del puente situado junto a la mezquita. Finalmente, bordeando la ciudadela, llegamos a una gigantesca, la de mayores proporciones, que se eleva cerca de otra pequeña que está en uso para regar y gira a gran velocidad. El de las Norias es un sistema muy curioso, tanto desde el punto de vista de su compleja construcción, como del de su funcionamiento. Éste no sé si es habitual a lo largo del año, si se daba en esta época por contar con más agua o si estaban en funcionamiento por estar en fiestas. Mi memoria guardó el crujido de la madera al girar.

Por la tarde visitamos el palacio Azem, antes de introducirnos en el ambiente festivo. Entramos a la función de un rudimentario circo que hubiese podido retrotraer a su infancia a mis padres, contemplamos en el escenario municipal un grupo de cante y música del país considerablemente parecidos al flamenco y acabamos cenando junto al río, sin ser devorados por los mosquitos que, por lo visto, en Hama, en vez de obsesionarse por la piel humana, se concentran en una especie de enjambres verticales a la altura de los tejados.

13 de Mayo, jueves.

De par de mañana un taxista reservado desde el hotel nos transportó a los castillos de los cruzados, 3200 SYP, 50 €. El tipo, aunque no sabía palabra de inglés o precisamente por eso, se pasó la mayor parte del viaje buscando la mano del copiloto, que era yo, y elevándomela al tiempo que gritaba y pretendía que gritásemos todos: "España" "Siria".

Practicando gritos nacionales sin fervor alguno, alcanzamos el primer destino, la fortaleza de Muysaf. Luego rebasaríamos la línea montañosa para caer en la vertiente mediterránea y acceder al Castillo Negro. Se trata de castillos que erigieron los cruzados invasores para asegurar la estancia allí. Son auténticas fortalezas de tamaño considerable pues tenían que sobrevivir en el interior a posibles ataques y prolongados asedios.

Finalmente llegamos a Crack de los Caballeros. Entrada 600 SYP, 10€, lo mismo que el Castillo Negro y el doble que Muysaf. Pretendíamos comer antes de acceder al castillo y se lo habíamos dicho al taxista, pero éste no detuvo el coche hasta llegar a un restaurante situado en el alto desde el que puede contemplarse la espectacular imagen de Crac de los Caballeros. Aunque había varios autobuses fuera, entramos. Cual fue nuestra sorpresa al encontrarnos en un auténtico comedero de turistas, similar a los comederos de pollos, en el que parecía que nos hacían un favor soltándonos la comida en un apretado rincón. Decidimos ir a buscar otro lugar que encontraríamos en la misma puerta de acceso al castillo. Pero tuvimos que soportar un mosqueo manifiesto y desagradable por parte del taxista que supuestamente había perdido su comisión, por más que le pagamos la comida en el otro restaurante, 1050 SYP, 16€ por los cinco. Al final fuimos nosotros los que nos mosqueamos por su actitud.

Crac de los caballeros es el castillo por excelencia, por su estructura, sus estancias y sus amplias dimensiones. Es realmente impresionante y está muy bien conservado. Es el colmo de la perfección de un castillo y en muy buen estado de conservación. En mi opinión, si se va a ver este castillo no merece la pena entrar en otros. Si volviese a Hama modificaría la excursión que comprendería contemplar desde fuera los dos castillos anteriores, un bañito en la playa bajo del Castillo Negro, saborear algún pescado en el puerto de Tartus y finalmente la visita a Crack de los Caballeros.

Tras el mosqueo mutuo, el taxista se mantuvo simplemente correcto y me libré de que me levantara la mano y pretendiera arrancarme arengas patrióticas.

De vuelta en Hama visitamos un caravanserai convertido en centro de artesanía. Observamos telares, estampación en tela y, sobre todo, la construcción de norias.

14 de mayo, viernes.

Por la mañana temprano cogimos el autobús a Aleppo, 100 SYP, 2€/p. Habíamos reservado habitación en el Tourist Hotel, un hotel bien situado y con un ambiente acogedor, propiciado por la familia kurda que lo lleva. 1350 SYP, 21 € la doble con desayuno.

Nuestra primera actividad consistió en planificar con calendario, guía y mapa, el resto del viaje. A continuación fuimos al lugar de donde parten los autobuses a Atioquía, en Turquía, para reservar billete. Hay un autobús que parte a las cinco de la mañana. Lo reservamos, 300 SYP, 4'6 €/p. El horario no es problema ya que la estación está pegada al hotel y viajar tan temprano posibilita llegar a Antakia y empalmar con otro autobús para llegar el mismo día hasta Kayseri en Capadocia.

Atravesando un, limitado al ser festivo, mercado al aire libre, accedimos a la puerta oeste del famoso zoco de Aleppo que, al ser fiesta, estaba prácticamente cerrado. Nos detuvimos a comer en un restaurante situado en una terraza elevada sobre el patio de la mezquita. 1116 SYP, 17'22 € los cuatro.

Ese patio de la mezquita de Aleppo es sin duda el patio que más me gustó de las innumerables mezquitas que hemos visitado. Teniendo en cuenta que era domingo y que la ciudad es bastante guarrilla, el patio de la mezquita cerrado, con su suelo brillante e impoluto constituye un lugar seguro, cerrado y agradable donde los adultos pueden comer, pasear, charlar y de paso rezar y donde los críos pueden gatear, jugar y correr con total seguridad. El citado patio se convierte así en un lugar de encuentro social para una buena parte de población. Para nosotros constituyó un lugar donde observar, sacar fotos o charlar con gente que se enrollaba, como una chica estudiante de francés y su familia que, embobada de gusto, veía a su hija entendiéndose con unos turistas raros que se habían perdido por allí aquella tarde de domingo.

Al oscurecer paseamos hasta la zona de la ciudadela que estaba igualmente muy concurrida. Cenamos en el restaurante en cuyo sobrepiso habíamos planificado el viaje a la mañana y, tras una paradita en los, también próximos al hotel, puestos de zumos que habíamos descubierto, a dormir.

15 de Mayo, sábado.

El segundo día en Aleppo decidimos visitar la ciudadela antes de que el calor resultara sofocante. Es impresionante su acceso, su estructura y el dominio sobre la ciudad. Luego nos perdimos en el zoco mirando más que comprando, fundamentalmente los famosos jabones de oliva y laurel. El zoco es muy acogedor, muy auténtico y muy agradable. Además, posibilita observar tranquilamente. También se puede comer. Uno de los platos más gustosos de todo el viaje lo encontré allí, garbanzos con una especie de cortezas y una salsa de yogur. Al siguiente día pretendí saborear las habas del mismo puesto, pero no fue posible.

Por la tarde dimos una vuelta amplia por el barrio de Alhalabiya tanto la parte turística como las callejas apartadas, donde trabajan numerosos artesanos en talleres

cutres. A uno de ellos compramos alguna tela de las que confeccionaba con su telar y a otro una lamparita de Aladino para Aroa.

Antes de recluarnos, pasamos por el famoso Hotel Baron, una de las embarcadas de las guías. Sin más.

16 de mayo, domingo

El último día en Aleppo teníamos que cambiar dinero, el justo, y comprar los jabones de oliva y laurel que las chicas querían regalar. Está bien que si encuentras algo, que supones a algún amigo puede aportar ilusión, lo compres. Pero tener que ocuparse de coger el detallito para todo quisqui acaba siendo un agobio, no tanto por la pasta que pueda suponer, que nunca es mucha, como por tener que obligarse a buscar, decidir, comprar y transportar.

No quisimos cambiar dinero en el zoco pues pensábamos que nos estaba tomando el pelo con el cambio que nos ofrecía. Cambiamos en el banco y el cambio resulto bastante similar. La razón era la progresiva depreciación que había sufrido el euro que desconocíamos.

De viaje nunca se está al tanto de las noticias. Pero en este viaje no estábamos en un lugar tan ajeno a la civilización como para estar tan fuera de las noticias. Pienso que una de las razones puede estar en que en estos países la prensa escrita es demasiado escasa en proporción al nivel de desarrollo.

Por la tarde nos desplazamos de nuevo a Alhalabiya con intención de paladear la comida del Sissi. Estaba lleno y tuvimos que entrar en el Walik situado enfrente. Comimos bien y en un patio precioso. Acompañamos a Amparo a comprar un capricho de fontanería y fundimos la calderilla sobrante comprando algo de comer para el viaje y zumos.

17 de mayo, lunes

El despertador sonó a las 3:40. Ducha, zumo natural, unas pastas y al autobús. A la salida nos exigieron 500 SYP o 10€ que supone algo más. No contábamos con ello y tuvimos que poner los euros. Asistimos después a un exhaustivo control de bultos fundamentalmente a los sirios que pasaban tabaco. No soporto ver cómo se ceban en esta pobre gente que pasa cuatro cartones de tabaco.

En la otogar, estación, de Antioquía, desayunamos algo e inmediatamente salimos en otro autobús hacia Capadocia. Aunque hacía calor, era un calor más conocido. Bordeamos el Mediterráneo y pronto abandonamos la costa para introducirnos en unos paisajes montañosos revestidos de un verde también familiar. Luego entramos en una amplia meseta cultivada con elevaciones blancas en la lejanía.

Los autobuses en Turquía son cómodos. Un muchacho estaba continuamente ofreciendo té o refrescos. Paramos a comer y a media tarde llegamos a Keyseir. Pretendimos coger un autobús hasta Goreme, pero nos tuvimos que conformar con un microbús a Ugrup. Tampoco allí a esas horas conseguimos un vehículo público que nos acercara a Goreme. Un taxi nos depositó en la puerta de la Pensión Anatolia, regentada por Bakir.

Aunque no es barata, 60 TL, 30 € la doble, la Pensión Anatolia está bien. No ocupamos una cueva, pero la habitación está muy bien, el conjunto es agradable y sirven un

cuentan con alguna estación donde miden la velocidad del viento y prevén su evolución. Tras repetidas dudas, después de un buen rato decidieron que no se volaba. Destemplados, volvimos a la cama con impúdico regusto.

Bakir nos acercó en su coche al camino que accede al Valle del Amor. Quedamos atónitos contemplando las formaciones que cual falos gigantescos pueblan el valle. Seguimos por éste hasta Uschisar. Posiblemente descender de este pueblo resulte, además de más cómodo, más gratificante al encontrar al final la parte más sorprendente. Accedimos a lo alto de la fortaleza de Uschisar y dimos una vuelta por el curioso pueblo que, al igual que Goreme, cuenta con numerosas formaciones, ahuecadas en su interior, que han servido durante siglos de vivienda y en la actualidad pretenden recuperar como casas rurales o atractivo turístico. Volvimos con cierta premura a Goreme por el Pigeons Valley, ya que nuevamente a la tarde habíamos de acudir a intentar el vuelo en globo.

Nueva espera entorno a la mesa con té y pastas. Los responsables lo debían ver muy mal cuando por segunda vez decidieron no volar siendo tan serio volumen de negocio. El viaje lo cobran 150 €, aunque reservado a través de las pensiones del pueblo puede bajar hasta 110. El número de globos puede llegar a sesenta u ochenta en cuyas cestas pueden entrar entre una docena y una veintena de personas. Aunque Bakir aseguró que anunciaban para el día siguiente una mañana sin viento, no estábamos dispuestos a una nueva espera y menos al madrugón. Desistimos de la película.

20 de mayo, jueves.

El último día en Capadocia teníamos contratada una excursión turística. Se trataba de un grupo de gente de diversas pensiones u hoteles de Goreme que aglutinan turistas mediante una pequeña agencia. En una furgoneta grande, acompañados de guía, llevan a los turistas a los lugares más emblemáticos de Capadocia, 70 TL, 35 €. Con la comida. No me seduce nada ir de turista, ni la mayoría de las chapas de los guías; pero tengo que reconocer que, aunque es posible llegar a los mismos puntos mediante conexiones del servicio público, resulta mucho más complicado y menos cómodo.

De vuelta al pueblo sin elevarnos, pateamos sus escasas calles admirando algunas de las cuevas rehabilitadas y nos dejamos sorprender gratamente por una cena casera en el Özlem, 68 TL, 34 € los cuatro.

Inicialmente nos detuvimos para admirar la vista de Goreme en un paraje cuajado de chiringuitos de venta. Luego, pasando de largo Uschisar, nos dirigimos a la ciudad subterránea de Derinkuyu.

Existen numerosas cuevas de este tipo. Derinkuyu es el más importante por su profundidad y amplitud. Resulta muy curioso ir descendiendo hasta cuatro niveles por galerías y galerías que utilizaban como escondite en caso de invasión y donde necesariamente tenían que establecer la complejísima organización necesaria para permanecer un abultado número de personas, hablaban de dos mil, un tiempo prolongado. Muy interesante.

Posteriormente fuimos al Valle de Ihlara, una especie de foz amplia en cuyas paredes siguen apareciendo numerosas cuevas de eremitas, muchas con restos de pinturas. El valle como tal con su río y su verde llama mucho su atención, aunque a nosotros no nos sorprendió tanto. Al final del valle nos sirvieron la comida en uno de esos comederos de turistas. Nos detuvimos luego en Selime, que cuenta con unas espectaculares formaciones, para ver una nueva gran iglesia escavada. Allí entablamos una animada charla por señas con

un abuelo saludísimo que defendía que la gente joven gastaba el dinero y no había fundamento.

21 de Mayo, viernes

Bakir, aunque no estaba lejos, nos trasladó a la estación de Goreme, algo de agradecer dado nuestro voluminoso equipo. Un furgón nos condujo a Nevseir y de donde en un buen autobús partimos hacia Estambul, 40 TL, 20 €/p. Atravesamos unas zonas amplias cultivadas y acompañados por nuestra izquierda por un enorme lago salado que provoca imágenes sorprendentes. Nos detuvimos en Ankara el tiempo de tomar un bocado. Pronto entramos en un área boscosa de grandes masas arbóreas y verde sorprendentemente que nos acompañaría casi hasta el borde del Mar de Mármara. La entrada en Estambul fue más complicada. Posiblemente que fuese viernes fue una de las razones, pero anduvimos mucho tiempo en caravana muy lenta o completamente parada hasta que conseguimos atravesar el puente del Bósforo situado al norte y, dando un gran rodeo, acabar en el Otogar que se encuentra al sur de la ciudad.

Era tarde y para ir a Sultanhamet no había transporte. De manera inconsciente, tomamos una furgó pirata, se veía que era una mafia. Pero el tipo nos llevó al hotel Shipahi sin problemas, salvo el de encontrarlo y dar con la dirección adecuada.

Aunque estábamos reventados, tuvimos que salir a cenar algo. Por no andar más, escuchamos a un camarero de los de reclamo con pintas de baboso en el siguiente al mejicano que han puesto al final de la calle Pierre Loti. Escuchar a los liantes, siempre sale mal. No tenían mucho que ofrecer y acabaron sumando en un plato unas berenjenas, una cucharada de esto, otra de aquello, unas hojas de lechuga... todo amontonado y mal apañado. Cuando fuimos a pagar el tipo nos presenta una cuenta similar a la de un restaurante de lujo con tres platos, postres... Le dijimos que no y se puso en plan chulo queriendo cobrar las raciones de las cucharadas que había echado. Nuevamente tuve que violentarme. Tuve que levantarme ir al jefe, explicarle... Se puso también borde, empecé a gritar, se achantó, sólo por la clientela, y dijo que le pagara sólo lo que habíamos comido. Le pagué lo que realmente nos parecía justo pagar y nos fuimos. Juré y perjuré que nunca olvidaría que no hay que hacer caso a los reclamos y menos dejar de fiarte de tu intuición cuando a un tipo le ves cara de baboso, pues, aunque te equivoques en algún caso, en la gran mayoría aciertas.

22 de Mayo, sábado.

Amaneció bastante mal día. Hacía fresco y chispeaba. Bajamos a Eminonu, cruzamos el Cuerno de Oro y tomamos el metro para ir de compras por Istikial. Vimos numerosos furgones de policía, tanquetas... Estábamos preguntándonos a qué respondería su presencia cuando descubrimos que se estaba formando una sentada bastante numerosa de, los que supusimos, familiares de presos kurdos. Se repetía la mismísima imagen que en Euskal Herria vemos a diario. Una mujer con mucha garra soltó un mitin.

Hicimos alguna compra: ropa, calzado y algún pañuelo de seda. Para comer nos dirigimos a la zona del mercado de pescado, pegada a la peatonal, pero, sin darnos cuenta, descendimos hasta el inicio del viejo tranvía. Descubrimos allí bastantes restaurantes, frecuentados por gente joven y progre autóctona, que sirven buena comida y a un precio razonable, 128 TL, 64 € los cuatro.

Embelesados con la tempura de verduras y pollo con espinacas y queso gratinado, no nos dimos cuenta de que teníamos que cambiar dinero. Iniciamos una carrera hasta una casa de cambio en el Gran Bazar, Cavis Sujen, que dicen es adecuada. No sé si nos hicieron buen cambio, pero sí puedo dar fe de su rapidez y eficiencia.

Volvimos al Bazar de las Especias. Queríamos té de manzana. Así como los puestos para turistas han sustituido en el Gran Bazar a los de los turcos que han instalado su bazar auténtico al aire libre en los alrededores, los puestos auténticos de especias están siendo expulsados del Bazar de las Especias y sustituidos igualmente por atractivos turísticos. En uno de los auténticos que quedan, nada más vernos, el comerciante se enrolló con salero, nos sacó la ikurriña, soltó alguna frase en euskera y acabó vendiendo.

Una tromba de agua nos retuvo en una tetería próxima. Cuando escampó, fuimos a cenar a nuestro lugar habitual de los primeros días en Estambul, pero no pudo ser y cenamos en otro de al lado que también estaba a punto de cerrar. Tras la correspondiente visita nocturna a Sultanhamet, que nos tiene enamorados, volvimos al hotel a ver la Final de la Copa de Europa. Me pregunté si no iba a acabar Alfonso haciendo de mí un futbolero.

23 de Mayo, domingo.

Habiendo hecho las compras, decidimos dedicar el último día al Bósforo. Tomamos el ferrys público 25 TRL, 13 €. En el segundo piso en medio de popa, me enrollé con la cámara. Descendimos en la última parada del lado asiático. En dirección sur encontramos un restaurante sencillo y aparente y en la misma dirección paseamos luego por la orilla del Bósforo. Volvimos al barco y a Estambul.

Más tarde fuimos a un Baño Turco, 35 TL 17 € y 50 TL, 25 € con masaje. No al de Cemberlitas, sino a uno más antiguo situado en una bocacalle de Gedik Pasa. Como estaba sólo, Alfonso se había quedado en el hotel, y como tampoco me fiaba de que masajearan mi espalda, me resultó un tanto aburrída la experiencia. Los baños me parecieron menos espectaculares que los de Cemberlitas, aunque posiblemente más auténticos. El Baño es una práctica que para nosotros puede resultar exótica porque nos resulta ajena, mientras que para ellos forma parte de una manera de vivir, como tomar el té o pasear por el bazar. De una manera de vivir con otro ritmo. Un ritmo que en nuestro medio occidental ha desaparecido completamente.

Cenamos en la misma zona, 105 TL, 53 € los cuatro, en la parte alta de la calle Gedik Pasa. Acabamos despidiéndonos con cierta nostalgia de Sultanhamet y de Ayasofia.

24 de Mayo, lunes.

Antes de tomar el taxi al Ataturk Havalimani Airport (35-40 tl) la señora del Shipahi nos insistió en escribir hablando bien de ellos para que les valoren en la página de Internet que están incluidos. Son muy majos todos los que curran, el hotel está en el punto ideal, en mi caso teniendo en cuenta la relación calidad precio compensa y presumiblemente si vuelvo a Estambul volveré, pero también es verdad que algunas habitaciones y baños necesitarían ser remodelados.

Antes de abandonar en el aeropuerto nos clavan 4€ por un mal café. No escarmentamos. Juro solemnemente que no pisaré la cafetería de un aeropuerto turco.

